

**Universidad “Ștefan cel Mare”
Facultad de Letras y Ciencias de la Comunicación
Lectorado Español**

Más que palabras

Selección de relatos

ORGANIZACIÓN:

Universidad “Ștefan cel Mare” de Suceava
Facultad de Letras y Ciencias de la Comunicación
Lectorado Español

Cătălina Pînzariu
Lavinia Seiciuc
Ramona Pohoățã
Alina Varvaroi
Rubén Pérez García

MIEMBROS DEL TRIBUNAL:

Luminița Turcu, presidente honorífico

María Martín Gómez
María Isabel Leal Moreno
Lavinia Seiciuc
Rubén Pérez García

Diseño de portada y cartel: Ramona Pohoățã

Suceava, 2012

ISSN: 2248 – 2253

ISSN-L: 2248 – 2253



Naturalezas

ÍNDICE

Unas palabras de agradecimiento.....	7
Verde y marrón (Alina Gavril, 1 ^{er} premio).....	9
Felipe, el errante (Ioana Balint, 2 ^o premio).....	18
El libro abierto... (Andreea-Mihaela Coman, 2 ^o premio).....	24
<i>Selección (por orden alfabético)</i>	
Alma perdida (Raluca Timoficiuc).....	30
Después de una tormenta (Ana-Maria Struț).....	35
En su camino (Ancuța-Maria Pîrghie).....	42
El laberinto de terciopelo (Iulia-Georgiana Braer).....	47
Inalcanzable (Simona Ioana Leonti).....	52
Máscaras y aguas (Adelina Morhan).....	66

Unas palabras de agradecimiento

En la segunda edición del concurso de relatos de ficción “Más que palabras” hemos propuesto a los participantes un tema universal que siempre ha sido inspirador para los escritores: la naturaleza. Los relatos presentados han mostrado una gran sensibilidad y estamos orgullosos del resultado. Los participantes del concurso “Más que palabras” han demostrado, una vez más, una capacidad sorprendente para la creación literaria en lengua española.

Verde y marrón, el relato ganador, crea una atmósfera tribal, en la que la mitología se mezcla con la forma de ver el mundo de los protagonistas. Se trata de un relato sencillo e impecablemente narrado, en el que la unión entre mitología y realidad se lleva a cabo con mucha naturalidad. Tanto este como el resto de relatos presentados nos animan a seguir trabajando, a involucrarnos en la enseñanza de la lengua y la cultura españolas.

El concurso de relatos “Más que palabras” es fruto de la colaboración entre instituciones educativas, y su éxito no habría sido posible sin este apoyo. Desde aquí, queremos agradecer a los liceos, colegios y universidades de Rumanía, y muy especialmente a los lectores y profesores españoles en secciones bilingües, su implicación en este proyecto. Del mismo modo, damos las gracias a la Embajada de España en Bucarest por su apoyo, mediante la donación de varios libros para los premiados y la financiación de esta publicación.

Queremos mencionar también a los miembros del tribunal, que han dedicado desinteresadamente su tiempo y esfuerzo a la evaluación de los relatos presentados: los lectores María Martín Gómez (Timișoara) y Rubén Pérez García (Suceava); la profesora en sección bilingüe María Isabel Leal Moreno (Bucarest) y la profesora universitaria Lavinia Seiciuc (Suceava). Asimismo, agradecemos a la profesora Luminița Turcu, decana de la Facultad de Letras y Ciencias de la Comunicación de la Universidad “Stefan cel Mare”, su participación en calidad de presidente honorífico.

Esta publicación recoge algunos de los relatos presentados y deja constancia de la calidad de los mismos. Todos los participantes son, sin lugar a dudas, protagonistas de este concurso y merecen nuestro agradecimiento y nuestra más sincera felicitación.

La organización del concurso.

1^{er} Premio

Alina Gavril
Universidad “Ștefan cel Mare”, Suceava

Verde y marrón

-Escucha lo que el Viejo quiere decirte y después piénsalo de nuevo. Ven esta noche a la purga y trae masato contigo para desvincular las puertas de la memoria. Estoy seguro de que la luna te iluminará y podrás dormir tranquilo.

Los hombres acababan de cazar y se preparaban para la reunión. Muchos de ellos no habían visto nunca al Viejo, ni sabían donde vivía. Él era el único abuelo de la gente Marrdé sobre la tierra. Tal ocasión era celebrada por toda la tribu con pinturas rojas y negras sobre los cuerpos, incluso los de las mujeres: el rojo era el símbolo de la sangre común que tenían, mientras que el negro representaba la oscuridad donde vivía su maestro. Las mujeres viejas se fueron a preparar el lugar de la cita —el árbol de Lupuna—, centro espiritual y de contacto directo con la luna y los muertos que vivían más allá.

Onda sentía un amor muy fuerte por su selva. Pero desde que su padre se había perdido en las aguas, los colores, los perfumes de las orquídeas y el grito de las cotorras ya no llegaban a su corazón. Ni siquiera el canto de la lluvia sobre las hojas de palmera traía la alegría a su rostro. Tampoco sentía la dulzura de las frutas de jaboticaba que ahogaban el tronco del árbol como los líquenes ávidos que buscan un refugio húmedo y rico en comida.

Su mejor amigo era un guacamayo azul con quien platicaba toda la noche y cuya casa era su hombro derecho. Lo encontró un día tranquilo, cuando miraba con demasiado interés cómo una bandada de guacamayos comía fango en una pared de rocas a la orilla de las aguas. Todos estaban muy contentos, Onda era el único que no entendía por qué esas aves preferían un alimento tan raro cuando la selva está llena de riquezas. Lo mismo hacían algunos monos: la únicas veces que bajaban de sus casas, los árboles más altos de la selva, era para comer aquel fango por el que hasta

arriesgaban sus vidas, y muchas veces acababan en los dientes y en las zarpas de los jaguares.

Algo semejante pasó con el guacamayo de Onda: mientras comía su pedazo de fango, un águila hambrienta lo capturó con sus garras, y se lo habría llevado con ella si no hubiera sido por Onda, que tenía un arco y algunas flechas con que mató al depredador. El pequeño guacamayo cayó lentamente a tierra y Onda pudo curar sus heridas con hojas de plantas verdes y semillas del árbol enano. Desde entonces son los mejores amigos y se van juntos a descubrir los huecos y los misterios de la selva.

Al principio, estos terrenos estaban poblados por las aguas y las plantas. Todo verde, todo marrón. No había ave, animal o insecto que pudiera perturbar la calma del ambiente. Todo tenía un orden bien establecido por nuestra Señora, la Naturaleza. La diosa caminaba día y noche sobre las tierras, cuidándolas y cantando melodías que hoy ninguna voz puede expresar. Su pelo era largo como las lianas y verde como las ramas de los árboles. Y su cuerpo era marrón como el tronco y estaba lleno de flores y plantas con aromas raros. Sus manos –helechos que acariciaban las ondas, los bosques y las nubes. Alrededor de su cuello tenía una serpiente, la única criatura que existía y que le acompañaba para que no se sentiera sola. Pero, aun así, ella deploraba que las tierras estuvieran vacías y que su alma necesitara más vida que nunca. Entonces habló con uno de sus hijos, el dios de las aguas, y le pidió que al próximo Pororoca le trajera tres tipos de agua del centro de las ondas más grandes que él pudiera crear: agua blanca, agua negra y agua clara. Con el agua blanca hizo los animales que viven hoy en la tierra, en el aire y en los ríos y que no son peligrosos para la gente: los tucanes, los tapires, los capibaras y los arapaimas. Con el agua negra hizo los insectos y los animales malos, venenosos, que pueden hacer daño al hombre: los caimanes, las anacondas, las ranas coloridas y las hormigas. Y, al final, con el agua clara y la corteza de la ceiba, hizo a la gente, cuyos sucesores somos nosotros.

Antes de retirarse a su otro mundo, eligió a un Marrdé y le confesó todo lo que la gente tenía que saber para no molestarla y para no destruir sus elementos: el respeto por las aguas y, sobre

todo, por el Mar Fluente, donde vive su hijo, porque nos creó con ayuda de éste; la serpiente es un animal divino, así que no podemos cazarlo; por eso, el Mar Fluente lleva su forma. El gallito de las rocas tiene una carne riquísima, pero está prohibido comerlo: sólo hay que admirar su plumaje colorido y su prominente cresta. Las bromelias no hay que romperlas porque guardan el agua que los monos tanto necesitan: como ellos no pueden bajar de los árboles, esas plantas constituyen la única fuente para aliviar el calor. Cuando las mariposas se ponen a beber significa que nuestra Señora tiene sed y que se encuentra con su hijo, que le ofrece la mejor agua.

Todos aquellos que no obedecen sus órdenes no sabrán distinguir entre las plantas buenas y las plantas malas, no conocerán cuáles son las ranas venenosas y los peces que esconden espíritus malos dentro de las aguas. Además, la anaconda y el jaguar negro representan la rabia de la diosa: cada uno de éstos puede comerse a los hombres que no respetan las leyes dadas por nuestra Señora.

La Naturaleza es nuestra madre, nuestra mujer, nuestra hija o nuestra hermana. Cada niño nacido es la alegría que nosotros traemos a la diosa. Amar a nuestras mujeres significa primero amar la vida y la selva, que nos ofrece tantas maravillas y tanta paz. Conocemos el curare para cazar con él a los animales con carne buena. Utilizamos la caza con cerbatana porque necesitamos alimentos que nos fortalezcan. Pero entre nosotros deben reinar la armonía y el equilibrio, como la lluvia que anima esas tierras secas y a las criaturas que viven en ellas.

Sabemos los efectos de las hormigas devastadoras: una multitud de insectos pequeñitos que no parecen tener orden alguno en sus acciones. Es verdad, son ciegas, pero el mínimo movimiento puede causar un ataque fatal por parte de las tropas de la muerte. Nosotros no podemos actuar como estas hormigas porque no somos ciegos. Si empezamos a destruir todo lo que encontramos en nuestro camino, nuestro destino será como el daño que producimos a esas pobres criaturas. Y entonces las aguas volverán a ser negras...

El Viejo hizo una pausa en su discurso para beber masato a través del hueco de la ceiba. Onda asistía por primera vez a una reunión de la tribu y oía estas cosas fascinantes que lo hacían enamorarse de su creadora, de la diosa más hermosa de toda la selva, la Naturaleza. Imaginaba ya como debía ser su pelo verde y

su cara con ojos de puma, sus manos fluidas y el cuerpo delgado y suave como una gran orquídea de perfume embriagador. De repente, se olvidó de su padre y de su más que extraña muerte. La Naturaleza ocupaba ahora toda su mente y todo su corazón.

Aquel día el bochorno hacía que el aire se convirtiera en un veneno más fuerte que el veneno de todas las ranas coloridas que había en la selva. Los pájaros pequeños disfrutaban de la gran cantidad de agua que guardaban las bromelias y se bañaban con ganas porque sólo así podían refrescar sus plumas naranjas. Desde la sombra de una palmera, Onda miraba como un ave negra, pero también con plumas rojas y amarillas, bailaba al son de una música sorda, pero muy rítmica. Después, le acompañó una hembra, y así bailaron los dos hasta que volaron juntos hacia un matorral de la selva.

“¡Agua! ¡Agua!”, gritaba el guacamayo de Onda, sacando un ruido letárgico que le encantaba a su dueño, que veía los resultados de su asidua labor. Cuando estaba a punto de irse al río con su loro, su padre regresaba del bosque sin haber cazado nada. Su curare no había sido suficiente. Pero, como la mesa esperaba algo fresco, decidieron ir juntos al río para pescar a la sombra de las ramas que caían sobre las aguas.

Los peces eran considerados por la tribu Marrdé una comida sagrada que el hijo de la Naturaleza le regalaba a los hombres. Cada captura no podía tener más de tres peces, número correspondiente a los tipos de agua que crearon la vida al principio de los tiempos. Circulaban rumores sobre cómo los hombres insaciables que habían intentado capturar más de tres peces, habían acabado siendo consumidos totalmente por las pirañas. Onda tenía miedo de la profundidad de las aguas porque nadie sabía exactamente qué ocultaba aquel abismo en movimiento.

No tardaron mucho, y su padre entró en las aguas esperando que fueran ricas en comida para ellos. Onda jugaba con su guacamayo cuando, súbitamente, su padre levantó las manos temblorosas al aire y se hundió en la blancura del río. Fue la última vez que Onda lo vio. Sus lágrimas y sus gemidos no le dieron ninguna explicación sobre la extraña forma de morir de su padre.

Aunque al principio tuvo un impulso de buscarlo en las aguas, algo le decía que, si lo hubiera hecho, habría tenido el mismo destino.

Desde aquel día maldito la selva se convirtió en un enemigo para Onda, que suspiraba por su padre y deseaba morir con él. La gente sintió su dolor y los veteranos de la tribu organizaron una convocatoria en que decidieron que sería mejor llamar y consultar al Viejo. El sabio decidió bajar y hablarle a su gente. Cuando se enteró del caso de Onda, un fantasma de felicidad cubrió su cara. Finalmente, su tiempo llegaba...



En tiempos que no se recuerdan el alma de los hombres conseguía fácilmente llegar a los cuerpos de los animales o de los pájaros. Era un ejercicio dictado por nuestra Creadora que permitía a la gente experimentar el modo de vivir de un animal, de un insecto, de un ave. Cuando cazaban, los Marrdé sentían una espina en sus corazones, porque no sabían si habían matado a uno de sus compañeros. Poco a poco, renunciaron a la caza y empezaron a

comer todo tipo de semillas: cacahuetes, abutas, achiote y, por supuesto, salsa de corteza de chuchuhuasi. Pero eso hacía que se perdiera el equilibrio natural. Por lo tanto, la creación reclamaba un sacrificio...

Después de la estación de las lluvias, el pantano donde vivían los Marrdé se llenó de aguas sucias. Las chozas fueron destruidas y la gente no tuvo otra opción que subir a los árboles como los monos. Allí construyeron pequeñas barracas y se alimentaron con plátanos y peces, pues de esto había mucho. Todo era normal y la tribu esperaba la retirada de las lluvias.

Vivía entonces un joven cuya mirada evocaba la luz de un relámpago en plena noche. Era alto como un monte y fuerte como una roca. Su corazón era de piedra, y esa piedra nadie la podía destrozar. Hasta un día en que vio a una niña lavándose el pelo en la corriente de una cascada. Su corazón se desnudó de los vestidos de piedra y dejó el camino libre a la sangre efervescente que animaba todo su cuerpo.

Su amor empezó muy rápido y era puro y suave como el vuelo de un colibrí. Todo era perfecto de día, todo era extraño de noche. El joven sentía que, muchas veces, cuando su sueño era más profundo, la niña dejaba su cama y bajaba del árbol, y apenas regresaba en la madrugada con sus manos y su pelo mojados. Él no sabía qué estaba pasando con ella pero decidió que la noche siguiente descubriría el misterio que rodeaba a su mujer. Diciéndole que se iba a cazar, el joven buscó refugio entre las hojas de un chicozapote.

A medianoche la chica bajó del árbol y fue directamente a las aguas, de donde repentinamente salió un boto. En aquel mismo momento el boto se transformó en un galán que con sus encantos seducía a la niña. Su pasión no tenía nada que ver con los sentimientos humanos. Era obvio que los hechizos conquistaban a la mujer, que no era consciente de lo que hacía. Pero la niña no estaba sola; todas las jóvenes de la tribu se amaban con criaturas raras enraizadas en las aguas.

Viendo aquel imposible que tenía lugar ante él, el valiente joven rezó a nuestra Señora para que lo transformara en algo más poderoso que un boto. Como su vida era el mayor de los sacrificios, la Naturaleza lo escuchó y lo convirtió en una anguila que aún hoy vive en las aguas sucias. Para castigar a los botos que desafiaron

sus leyes amándose con seres humanos, la diosa le entregó a la anguila el poder del más vigoroso relámpago y, de esta manera, cuando entró en contacto con la lluvia, el joven que ahora era un pez mató con su energía a todos los botos, dejando libres a las mujeres de la tribu. La vida volvió a la normalidad y los espíritus humanos no pudieron mezclarse nunca más con los de otras criaturas.

La decisión del joven debe ser para nosotros el ejemplo justo de sacrificio para salvaguardar el equilibrio de la selva. Pero si tal ofrenda es necesaria, esto significa que la cadena se ha roto y que se ha producido una desviación en el cosmos de la selva.

El Viejo acabó de nuevo su discurso y se retiró al interior de la ceiba. Onda se sentía transportado a otros mundos. Sus pensamientos se deslizaban como una serpiente entre las ramas caídas al sol. Los otros compañeros se levantaron y se fueron a sus casas. Onda se quedó solo hasta que el Viejo vino y lo llamó para que entrara. La noche ahogaba con su amargura los sentidos y pesaba como una eternidad en los hombros del chico.

-¡Siéntate, hijo! Debería ser un honor para ti vivir la oportunidad de encontrarte en la casa de nuestra madre. Toma y bebe esta agua divina para que tu renacimiento sea completo. Todavía no entiendes nada, ¿no? Por eso estoy aquí, para iluminar tus futuros pasos.

Onda, el universo de esta selva es tan complejo que nadie logrará jamás conocer todas las explicaciones a los dilemas y a los fenómenos que ocurren cada día. Con una excepción, y esta excepción puedes ser tú. Toda mi vida, desde la niñez, cuando era un chiquito como tú, amé esta selva como si fuera parte de mi cuerpo. Yo sé que tú la amas igual. Todo lo que pasó últimamente son hechos que debían pasar. Para que nosotros nos conozcamos. Para que tú sigas enamorado de una doncella cuyos poderes son ilimitados.

Muchas veces te has preguntado, ¿por qué los monos y los guacamayos comen fango? Ninguno de vosotros lo sabe. Pues, porque entre sus numerosos alimentos hay varias hojas, plantas y semillas que son venenosas y el fango, al comerlo, tiene la capacidad de anular el efecto dañino. ¿Por qué entre tantos monos

que corren con una velocidad increíble de un árbol a otro hay un holgazán que prefiere quedarse inmóvil en su sitio? Porque si bajara a la tierra sería más que difícil para él encontrar su casa.

-Y con mi papá, ¿que pasó? -preguntó Onda con una última sombra de desconfianza.

-Esa es otra historia. Comparte conmigo un poco de mapacho y te lo explicaré mejor.

Un humo denso cubrió la cara de Onda. La luna llena mostraba unas manchas negras que parecían moverse en un baile lento y confuso.

-¿Ves aquellas manchas en la luna? Allí viven nuestros ancestros. Incluso tu padre. Y él me espera. Pero yo puedo irme sólo con una condición: si tú me dejas.

Onda tenía la impresión de que el Viejo no hablaba con su voz. Tantas charlas le parecían nebulosas, como el humo del mapacho. Y esperó a que el Viejo continuara.

-Mi tiempo ha llegado. Ya estoy harto de tanta vida. Quiero subir a la luna y pasar allí mi eternidad. Para que mi destino se cumpla, se ha producido una ruptura en la cadena. El sacrificio de tu padre fue como el sacrificio de aquel joven que se transformó en anguila. Su muerte restableció la armonía dentro del universo de la selva. Pero tu intervención es necesaria también. Sin ella, la muerte de tu padre no ha resuelto nada.

Por primera vez en su vida Onda se sentía importante. Además, sentía que entendía muy bien lo que el Viejo trataba de explicarle. Miró la luna y, con completa seguridad, tomó la copa con bebida naranja que el maestro le dio. Era una mezcla de ayahuasca con hojas de chagropanga para purificar irreversiblemente el alma de Onda. Después de beber la copa entera estaba feliz. Y esa felicidad crecía como un árbol dentro de su cuerpo.

Lo que siguió ulteriormente fue una sucesión de sueños, pesadillas y fantasías. Onda era pequeñito y enorme al mismo tiempo; partes de su cuerpo volaban por encima de él y, aunque hacía esfuerzos inhumanos, no lograba capturarlas. Todos los colores danzaban a su alrededor hasta que se juntaron y formaron dos círculos: uno verde, otro marrón. Del círculo verde salió la mujer más hermosa del mundo: la Naturaleza. Y del círculo marrón salió él mismo, gigantesco y poderoso como nunca. Entre ellos se formó

una simbiosis perfecta. Los sentimientos parecían tan palpables que sus cuerpos espasmódicos florecían con cada caricia.

Un coro de voces armoniosas alentaban sus danzas nerviosas y bárbaras. Temblaban las tierras y gritaban las aguas de alegría, mientras que Onda pasaba por primera vez al mundo de los muertos. Era otra selva poblada por espíritus opacos que cazaban luciérnagas con un soplo. Muy pronto vio a su padre: compartía comida con el Viejo. Pero lo extraño era que el Viejo se parecía mucho a él. Ambos disfrutaban unos peces muy ricos. Cuando Onda observó la tranquilidad que transmitía la cara de su padre, supo que había tomado la decisión correcta. Todos aquello vivía en paz y en gratitud en su territorio. ¿Gracias a su padre? ¿Gracias al Viejo? Ya no le importaba. Porque su asunto era otro.

En el momento en que se despertó el sol calentaba el paraíso. Estaba solo. No se preguntaba nada, ni miraba nada. Salió al río y se lavó la cara. Cuando regresó a la ceiba, ésta ya no tenía ningún hueco. Miró las ofrendas que su pueblo había traído para él. Tomó lo que necesitaba y se preparó para un camino largo. Su guacamayo se acercó volando. Mientras caminaba entre los bosques, los hombres de su tribu salieron a ovacionarle. Sus cuerpos estaban pintados de rojo y negro.

2º Premio (*ex aequo*)

Ioana Balint
Universidad „Babeş-Bolyai”, Cluj-Napoca

Felipe, el errante

3 de agosto de 2077

Me he despertado temprano hoy, pues mi estómago no podía olvidar el sabor de la gallinita que probó ayer. He puesto mi carita de pordiosero inocente y he entrado en el cuarto de mis humanos.

Pero, ¡diablos!, nadie estaba allí, y he comenzado a mover la cola muy enfadado. ¿Para qué aguantar a la gente, si ni siquiera respetan a su gato? Después de buscarlos por cada rincón y no encontrarlos, me he regalado yo mismo lo que merecía.

Después del desayuno, he salido a la calle para reunirme con mi amigo Franco, el que vive en el sótano. Lo he encontrado muy feliz, tenía una sonrisa amplia y preparaba una fiesta con su compañero de piso, la araña Julio.

He aquí el diálogo que me ha cambiado la vida:

-¡Vaya alegría! ¿Acaso ha aceptado la siamesa casarse contigo? Gato, por fin... esa mosquita muerta te ha enloquecido -le he dicho a Franco, al verlo tan eufórico.

-¿Pero qué dices, Felipe? ¿No te has dado cuenta aún? Mira a tu alrededor, siente el aire con los bigotes... ¡Han desaparecido! ¡Todos los humanos han desaparecido! No sé por qué, ni dónde están, y la verdad es que me importa un pepino. Lo importante es que, por fin, Felipe, ¡el planeta nos pertenece! Yo soy viejo, ya estoy viviendo mi séptima vida, pero tú puedes hacerlo. Anda, ve a descubrir la naturaleza, ahora puedes recorrer el mundo sin miedo, ¡aprovecha!

Al oír todo eso, mi corazón ha empezado a latir con fuerza y me he dado cuenta de que eso es lo que haré en la vida: ¡caminaré errante, como un nuevo Bear Grylls, y llegaré a conocer todos los

rincones del mundo! Así pues, me he despedido de Franco y le he pedido a Julio que me acompañe.

4 de agosto de 2077

Me estoy preparando para el viaje. He encontrado unos mapas en casa, a ver si me ayudan. Los llevaré conmigo. Desde España hasta Francia hay solamente una pata en el mapa. A lo mejor llegamos el fin de la semana.

5 de agosto de 2077

Estoy muy cansado; Julio tiene suerte, pues lo llevo yo en mi espalda. Hoy hemos recorrido muchísimo camino. Creo que el mapa estaba mal hecho, pues nos queda mucho hasta llegar a Francia.

Hemos pasado por una parte de la ciudad que yo no había visto nunca. Una calle empedrada, muy larga, que parecía no tener fin. He perdido unos dos kilos. Tengo que reconocer que los dos teníamos mucho miedo.

Los edificios eran muy altos, creo que rascaban el cielo. Julio se ha desmayado al ver una campana meciéndose hacia nosotros, pero yo ya sabía que se acabaría parando. Creo que algún perro aburrido jugaba con el badajo de la campana.

Aunque tenía miedo, he seguido caminando y he conseguido colarme por entre los edificios. Pero me he asustado terriblemente al ver una máquina que se movía e incluso hablaba. Sin embargo, como soy muy macho, me he armado de coraje y he pasado rápidamente frente a ella. Aún no sé qué era, pero se parecía mucho a un humano.

Las patas me dolían mucho y ya comenzaba a anochecer, así que nos hemos parado al final de la calle. Parece que hemos llegado en un valle, pues todo es verde y hay muchas flores. Estoy apuntado todo esto tumbado entre unas flores rojísimas que me hacen llorar. Por suerte, Julio está durmiendo y no me ve. ¡No puedo creer que haya perdido tantos años viviendo en una casa, en un barrio, cuando en el mundo hay tantas flores! A ver... cuando tenga una familia creo que seré florista. Me encantan las flores, y estas son preciosas.

Quisiera oler cada flor y cada brizna de hierba de aquí. No tengo ganas de dormir. Julio parece tan pequeño en toda esta

inmensidad. Creo que el cielo se junta con el valle. Espero que no se oscurezcan las flores cuando caiga la noche.

Poco a poco aparecen las estrellas; hay una que está brillando más que las otras, me imagino que está en llamas (como aquella cortina del comedor que prendió fuego cuando yo jugaba con una vela encendida).



6 de agosto de 2077

Estamos ya lejos de aquel valle y el entorno ha cambiado bastante. Esta noche la pasamos debajo de un coche. No hemos encontrado otro lugar. Además, tengo miedo de meterme en líos en otros barrios. Uno nunca conoce a los otros gatos.

Por ejemplo, hoy he conocido a uno que se las daba de quiromante. Se jactaba de poder adivinar el futuro con solo mirar mi pata. Me ha dicho que no me fíe de las piedras. ¡Qué sé yo qué significa eso! Julio dice que era un charlatán, pero la verdad es que no sé qué pensar.

Hoy hemos tenido que atravesar un río que partía en dos el valle. Yo odio el agua, así que he pasado unas horas buscando un lugar por donde pasar, pero no he encontrado ninguno. Lo bueno es que hemos descubierto una cueva, que para nosotros era algo inédito y para Julio era el Paraíso mismo. Nos hemos quedado allí un par de horas, para que él hilara una telaraña. Me ha dicho que ahora entiende por qué dicen que la naturaleza inspira a los artistas. La verdad es que, para mí, la cueva era demasiado húmeda y horrorosa, pero le he dejado cumplir su deseo. Había también una cosa verde en las paredes, asquerosa.

Luego, nos hemos decidido a cruzar el río, fuera como fuera. Una cosa bastante difícil para mí. ¡He tenido que mojarme las patas e incluso la cola! Pero lo hemos conseguido, sin que nada malo pase. Julio temblaba como un niño; debería ser más valiente. He intentado no caminar sobre las piedras, pues eran muy resbaladizas. Un gato ahogado en un río suena bastante mal.

Después de cruzar el río hemos caminado durante muchas horas, hasta llegar a una antigua zona humana, con calles, edificios y otras cosas sin importancia. Sin embargo, hemos pasado por un lugar donde había un montón de árboles y he podido trepar algunos. Me ha divertido muchísimo. Uno tenía las hojas muy grandes, que casi cubrían el tronco. Otro, el pobre, tenía solamente dos ramas, pero era simpático. Creo que tenía un alma buena, pues quería estrechar a otro árbol entre sus ramas.

Al salir de ese lugar, hemos dado con unas casas que anunciaban la existencia de algún barrio. La hierba era más alta que yo, y todo alrededor de las casas empezaba a ser salvaje y encantador. Hemos paseado un poquito por allí y me he

estremecido al darme cuenta de que los humanos cortaban la hierba pensando que su jardín sería más bonito. ¡Pobres! No sabían lo que es la belleza.

Como había pensado, había un barrio cerca. Y aquí, nos hemos metido rápidamente debajo de un coche, pues hay demasiado ruido. Unos perros se están peleando. Uno de ellos dice que le robaron el hueso de plástico. Me da pena, pues es muy pequeñito y flaco.

Al quedarnos aquí podemos ver qué hay en este barrio. Delante de nosotros hay un parque que a mí no me gusta, porque tiene más bancos que flores. Sin embargo, me parece divisar unas escaleras empedradas detrás del parque. Eso sí que me gustaría verlo. Mañana iremos allí, a ver si esas escaleras llevan a un lugar secreto.

Este barrio parece rodeado de montañas. Espero llegar algún día a una cumbre. Creo que están esculpidas, porque tienen una forma bastante rara, como si fuesen trozos de pan colocados uno sobre otro. Hay también una franja más oscura, donde debe de haber árboles. ¡Vaya zona, los animales que viven allí sí que son dichosos!

Ya me está entrando el sueño, así que debería acostarme. La luna está llena e ilumina el parque. Las escaleras son más misteriosas y es como si algo me llamase allí. Mañana quiero subirlas y ver qué se esconde en aquella oscuridad.

8 de agosto de 2077

Soy Julio. Han pasado dos días horribles para mí. El otro día fuimos a subir las escaleras, pero yo no lo quise hacer, porque tengo vértigo. Las escaleras o, mejor dicho, las piedras me parecían inmensas y todas estaban a punto de derrumbarse. Sin embargo, Felipe comenzó a subir por ellas.

Al quedarme yo solo, empecé a contar las piedrecillas que había por allí. Las encontré con diversas formas: una hoja, una que se parecía a una cabeza de oso, una que relucía como un diamante. Pero, ya aparecía la luna y Felipe no estaba por ninguna parte. Tenía mucho medio, pero decidí quedarme allí hasta el día siguiente.

Felipe no volvió. Tengo miedo de seguir sin él, así que buscaré un rincón para quedarme aquí.

Volví al barrio y, mientras caminaba sin rumbo, oí hablar a dos gatos sobre un concurso literario. Quiero que Felipe participe, así que enviaré su diario. Si él hubiera podido, habría participado seguramente. Es la única cosa que puedo hacer por él ahora.

2º Premio (*ex aequo*)

Andreea-Mihaela Coman
Universidad Ovidius, Constanza

El libro abierto siempre para todos los ojos: la naturaleza

La naturaleza ha puesto en nuestras mentes un insaciable deseo de ver la verdad. Las palabras sublimes de Marco Tulio Cicerón me obligan a salir de la rutina de las cuatro paredes y entrar en el mundo de la naturaleza y sentir la pura verdad. Me encanta sentarme en la hierba y escuchar los sonidos de la naturaleza a mi alrededor, mientras que el verano fluye por mis venas. Mientras el sonido de los pájaros abraza la vida, siento sus notas como si estuvieran tocándome. Después escucho la suave brisa a través de los árboles, el susurro de las hojas. Estos milagros acústicos, transmiten una paz, una tranquilidad que no se puede conseguir de cualquier otra forma.

De repente, caí en el sueño.

En estas circunstancias, nació un inframundo. Pan, el dios de la naturaleza, cubría el mundo entero con su poder mágico de la paz. Vagó solitario como una nube que flota en lo alto sobre valles y colinas. Vio una gran cantidad de narcisos dorados y, junto a un lago, bajo los árboles, Pan aleteaba y bailaba en la brisa. Parecía como si la naturaleza, que tan sabiamente dispuso los órganos de nuestro cuerpo para hacernos felices, hubiera querido darnos también el orgullo para evitarnos el dolor de conocer nuestras imperfecciones.

Así Zaratustra caminaba entre las hojas flotantes, en un caballo que Pan mismo había concebido, sintiendo el aliento de la naturaleza tocando su frente lisa. La luz del día acariciaba sus cristalinos ojos azules y, como una madre, puso suavemente en su camino una vida iniciática existencial. En la serenidad solitaria, graciosamente enclavado en los brazos cálidos del sol, Zaratustra se dio cuenta de algo que no había visto antes.

En la esquina opuesta del mundo, la mirada de Zaratustra estaba inquieta porque allá se elevaba magistralmente un castillo grotesco, lleno de gente con los ojos vendados que ejecutaba de forma maquinaal la misma acción. Eran dirigidos por un líder llamado Kali, que era la diosa de la destrucción. Sus ojos eran tan oscuros que podían reflejar una noche abismal. Su pelo era largo y áspero, como si tuviera una maraña de ira y la ambición fatal de destruir toda la naturaleza para tener una vida llena de riquezas materiales. Ese castillo se estaba convirtiendo, de hecho, en una fábrica monstruosa y la única manera de construir una pequeña sociedad económica era a través del fuego. La necesidad de leña llevó a la deforestación porque era la forma más fácil de resolver el problema. Así que Kali había construido un castillo que se llamaba Palacio de Plata, donde la diosa forzaba a la gente a fundir plata y moldearla en diferentes formas para obtener preciosas joyas, estatuillas, cuchillería, copas, platos y otras cosas.

Al ver lo que sucedía, Zaratustra se arrastró hasta allí para ver lo que sucedía e impedir que talaran el bosque. Cuando llegó allí se dio cuenta de que no podía comunicarse con la gente porque, a pesar de que estaban con los ojos vendados, no eran conscientes de lo que hacían. Estaban tan absorbidos por su trabajo maquinaal que se habían alejado totalmente de la realidad. Como no pudo resolver nada, Zaratustra, temeroso y con un enfado extraviado, entró en el castillo, que parecía claustrofóbico y aterrador. Observó cómo los muros apuñalaban el suelo blando, cómo aplastaban su paz, cómo la oscuridad se convertía en una forma de vida y cómo no había manera de respirar y de sentir el pulso del sol o de una hoja.

Yendo más allá, encontró una cueva. En la oscuridad vio dos luces tan suaves que pensó que la naturaleza estaba a punto de dar a luz a sus criaturas. Mirando más de cerca, se dio cuenta de que en realidad esas luces eran los ojos de una niña que estaba cautiva. Además, reconoció a la desaparecida Artemisa, que había sido capturada por Kali por medio de brujería, dejándola con un signo del hechizo de Zebub, para que nadie la tocara, puese quien lo hiciera, moriría. Pero Zaratustra no tenía miedo porque él no creía en la brujería, no creía en los poderes sobrenaturales que usaba Kali. Por lo tanto, intentando liberar a Artemisa, esta le dijo que ella debía ser traída de vuelta a la naturaleza porque Pan era el único

que podía salvarla y anular la maldición. Tratando de encontrar la salida, Zaratustra, con Artemisa en el hombro, pensaba en su dolor y en el hecho de que el hombre no posee el poder de crear vida y por consiguiente, no posee tampoco el derecho a destruirla. El infierno que pasó a través de Artemisa enfureció a Zaratustra más y decidió restablecer el equilibrio en el único mundo que él conocía, un mundo cerca de naturaleza, que era la madre de todos los seres y tenía el poder de curar a Artemisa.



Kali ordenó que Artemisa fuera observada para que no pudiera escapar. No vio a Zaratustra arrastrándose en lo que ella llamaba su Nuevo Mundo. Por eso, al ver a Zaratustra y a Artemisa fuera del castillo, gritó tan fuerte que, de repente, el cielo se oscureció y de él cayeron ráfagas de viento y relámpagos. En el aire se sentía el comienzo del Apocalipsis.

Los árboles temblaron. La hierba temía la venganza de Kali. El sol se retiraba para que no hubiera heridos. Las mariposas perdían su vuelo. Los pájaros, cansados, empezaba a entrechocarse y la naturaleza sentía a Kali, su hija renegada, y sus ardientes rabias. Kali sabía que si Artemisa escapaba, todo lo que había construido se desmoronaría, porque ella era una hija de Pan y todo su sufrimiento caería sobre ella. Por lo tanto, quería capturar a los que había destruido sus planes a través de poderes otorgados por Zebub. Kali era consciente de sus poderes y pensaba que nadie sería capaz de oponérsele.

La verdad es que le producía una inmensa tristeza que la naturaleza hablara y los humanos no escucharan. Eso es lo que sentía Zaratustra, sobre su caballo, al intentar salvar ese pedazo de humanidad en el alma de Artemisa.

Kali era uno de estos seres humanos, la hija renegada de la naturaleza, que había perdido la habilidad de escuchar los encantadores sonidos de los pájaros, de sentir la caricia apasionada de las hojas, de abrazar las electrizantes alas de las mariposas, de besar los ríos que fluían sobre las rocas antiguas... Los dos volaron como una flecha en el caballo, tratando de llegar a su dios, Pan, para salvarse. Sabían que el corazón de Pan era capaz de salvarlos y de ayudar a las montañas que se elevaban hasta el cielo, a las ramas que tocaban las mejillas de Zaratustra, a los gráciles animales, a las flores que superaban toda belleza humana conocida. Pan fue el caleidoscopio de seres humanos y vivos. Todo lo que tocaba se convertía en vida y, por lo tanto, en la entrada a la selva, Artemisa fue curada de todas las maldiciones del mundo urbano y el hechizo de Zebub desapareció.

Al entrar en el bosque, Kali sintió que le apuñalaban el alma, porque el ambiente no era natural para ella. Pero su dolor intensificó su ira. Comenzó a lanzar relámpagos sobre árboles inocentes. Los pájaros cayeron agotados. Los ríos fueron cediendo terreno por temor a la contaminación. Las hojas perdieron su vida y comenzaron a convertirse en cenizas. El aire perdió su transparencia y se volvió de un gris enfermizo.

A pesar de los intentos de Kali por destruir toda la belleza del mundo, Zaratustra y Artemisa acariciaban la esperanza de que Pan bajase y los ayudara a salvar al mundo de la ira de Kali y a rescatar su alma de Zebub. Entonces, Pan tomó la apariencia de un

enorme ciervo con ojos llenos de calidez y con cuernos majestuosos. Su cuerpo era como una enciclopedia de emociones, de pureza, de una inocencia de Ángel, de entendimiento de todos los errores humanos y libre de prejuicios. Su boca sólo emitía palabras buenas, enseñanzas consuetudinarias, consejos para los amantes que compartían su amor por el cielo en el borde de una cascada y susurros que ayudaban a los viajeros perdidos a encontrar su camino. Comenzó a caminar por todo el daño hecho por Kali y todo recuperó su vitalidad. Quería mostrarle a Kali lo importante que era amar a cada flor y sentir cómo respira cada hoja de hierba, porque, al final, todo lo que queda es la tierra donde nacemos. Nuestros muertos viven bajo la tierra y el respeto a ellos se derrumba al alejarse de la naturaleza y al construir una sociedad con flores del mal, donde las manzanas encuentran gusanos inmortales.

Pero Kali no se daba por vencida. Se hizo inmune a los brazos de la naturaleza. Su ejército fue a la lucha, seguro de que la victoria le pertenecería. Era un ejército de robots humanos que habían perdido el alma y el poder de pensar por sí mismos. Kali los manejaban a voluntad y estaba segura de que hacía lo correcto, de que luchaba por un propósito justo. Viendo esto, Pan renunció a cualquier intento de convencer a Kali de que se uniera a la naturaleza y despertó a todos los árboles. Los pájaros se transformaron en flechas. Las hojas crearon un tornado y los ríos formaron un enorme tsunami capaz de lavar el velo que cegaba a la gente. Toda la naturaleza cobró vida en las manos de Pan y participó en esta guerra dolorosa.

Las flechas mordían la carne muerta de los robots humanos. Los árboles rompían su tamaño humano con la esperanza de que sus corazones sintieran la presión y empezaran a latir nuevamente, mientras el tornado trataba de despertar sus sentidos: la vista, el oído, el olfato; y el enorme tsunami trataba de lavar los pecados que había cometido. El ejército luchó para resistir a las fuerzas de la naturaleza y Zaratustra observó con asombro el mal causado a la naturaleza por el hombre para tener una vida horrible, llena de cosas materiales, temporales, que sólo traían decepción y lamentos. No podía entender por qué tanta furia sobre una naturaleza revitalizadora, absoluta, y que nos ofrece la oportunidad de alcanzar la trascendencia que tanto necesitamos.

Zaratustra aprovechó un momento de vulnerabilidad e intentó traer la victoria al corazón de Pan matando a Kali, pensando que su muerte traería la paz al mundo de la naturaleza. Pero el gesto noble de Pan alcanzó su punto culminante, y el dios no se lo permitió a Zarathustra, diciéndole que una vida humana merecía perdón y bendición; y esto no se logra con la muerte, sino con la poderosa luz de la vida. Hay que enseñar a la gente que la naturaleza no es el enemigo sino un cuerpo efímero que, de una forma u otra, regresará a sus inicios, descubrirá de nuevo el calor de la tierra y el poder de la floración que le permitirá sentir todo el amor celestial.

La mano del Pan tocó a Kali y compartieron todos los sufrimientos y todas las alegrías simples de las criaturas del bosque, desde la creación hasta ese momento inquietante, sintiendo el sangriento y despiadado pasado. En esencia, le dio la oportunidad de nacer de nuevo y volver al seno de la naturaleza que la concibió.

Kali sentía dentro de su corazón la maldad que había traído a la naturaleza y se sentía desgarrada por esa bondad que estaba apareciendo en su vida. Al mismo tiempo, Zaratustra se dio cuenta de la importancia de no ser vengativo, porque el alma está por encima de la furia del enemigo y porque todas las acciones pueden ser contraproducentes. La mente humana que nos ha dado la naturaleza es la clave de un equilibrio existencial delicado que puede rasgarse y perderse. Por eso la naturaleza nos da la paciencia para entender los errores humanos, nos calma en momentos difíciles y nos rodea con una atmósfera de paz profunda.

Finalmente, con la revelación que había tenido Kali, todo lo que ella había construido desapareció como si nunca hubiera existido. Asimismo, me desperté del sueño como si yo lo hubiera protagonizado. Comencé a besar el césped azulgrana y me quedé así unas horas, llorando y añorando ese mundo mágico.

Raluca Timoficiuc
Universidad “Ștefan cel Mare”, Suceava

Alma perdida

Fui una chica viva, optimista, llena de energía, a veces soñadora y siempre con una sonrisa en la boca. Me encantaba viajar, sentir la adrenalina, era apasionada de los sellos y me gustaba pasar tiempo en el bosque. Me daba mucha paz. Después de mis clases, iba a diario al bosque. Me gustaba sentarme en las hojas secas, mirando, entre las ramas de los árboles, el cielo. Siempre era igual, una infinita manta azul... Era mi lugar favorito, lleno de recuerdos. Cada vez que me iba a casa, sabía que tenía que volver allí.

Mi papá me decía que fui lo más hermoso que le sucedió en la vida. No fui la hija perfecta, ni podría serlo, tenía un carácter rebelde, con muchas ganas de vivir, hasta ayer.

Ahora oigo voces y siento la mano de mi madre acariciándome la cabeza. Todavía no me doy cuenta de qué me está pasando, ¿Por qué no puedo hablar? ¿No me puedo mover? O, al menos, ¿por qué no puedo abrir los ojos?

Oí una voz que le decía a mi madre que mi accidente de coche fue muy grave y que era poco probable que me recuperase o que era posible que mi estado de coma se mantuviera durante mucho tiempo, que también me podría morir. De repente oí llorar en voz alta a mi mamá y no quise más que decirle que me iba a recuperar e iba a luchar por mi vida. Pero fue en vano...

Después de unos momentos ya no se oía nada y trataba de recordar lo que había hecho antes del accidente. Todo lo que podía recordar era un jardín, pero no era un jardín común. Era como un pedazo de cielo, con muchas flores y árboles, una mezcla de dulces olores, como un jardín irreal. Por unos instantes me sentí en el paraíso, pero mis pensamientos fueron cortados por un déjà-vu, creo que era el momento del accidente... Mi mente estaba perdida. Tenía la intención de luchar por mi vida porque sentía que no podría terminar tan rápido con mi vida. ¡Tenía que vivir!

De pronto tuve una extraña emoción, no sé cómo, pero mi alma se liberó de mi cuerpo fácilmente, sin ningún tipo de dolor, sólo que mi cuerpo estaba extendido en la cama, firme.

Era de noche. Sólo unas cuantas bombillas iluminaban el vestíbulo del hospital abandonado. Cuando abrí la puerta, vi al final del pasillo a una enfermera. En un instante llegué hasta ella y luego me pasó una cosa extraña... Intentaba hablar con ella, decirle que estaba bien y que llamara a mis padres para avisarles, pero ella, muy concentrada, continuaba con su trabajo. Me sentí como un fantasma. Otra enfermera se acercó a recepción, pero, al igual que la otra, no me vio. Entonces regresé a la habitación y mi cuerpo estaba en la cama, inmovilizado, y sólo las máquinas me ayudaban a vivir.

En unos segundos tuve otro momento de pánico. Una enfermera entró en mi habitación de hospital con una jeringuilla. Las inyecciones eran mi mayor fobia. No sabía qué hacer para detenerla. La miraba asombrada, sin poder pararla. Entonces me di cuenta de que era inmune. No sentía ningún dolor y tampoco la aguja. Sentí una profunda desesperación por todo lo que estaba pasando. Sólo yo sabía que podía caminar, hablar, mientras que mi cuerpo estaba sumido en un profundo sueño. No aguanté la tensión dentro del hospital, quería que se me viera, que se me oyera, y decidí volver a mi casa con la esperanza de que mis padres me fueran a ver, me fueran a oír. A la salida del hospital tuve un nuevo momento de pánico. Sin zapatos y poco vestida, no sentía ni frío ni calor. Sólo con pensar en estar en mi casa, aparecí en unos segundos frente a la puerta. No sabía si llamar o si esperar al amanecer... Tenía el alma perdida y sentía que se me iba la cabeza.

Paseé vagamente alrededor con la ilusión de encontrar el lugar del accidente o aquel jardín de mis pensamientos. Me parecía que todo lo que había hecho había sido en vano. Necesitaba unos instantes de silencio. Me paré en un parque cerca de mi casa, un lugar querido para mí, con mucha vegetación, en que me había parado algunas veces cuando estaba pensativa. Las flores, el olor de la hierba fresca, el amanecer del sol, mantuvieron mis pensamientos lejos de la realidad hasta que sentí un temblor. Mis pasos me dirigían hasta el hospital, no sabía lo que estaba pasando hasta que llegué a la habitación donde estaba mi cuerpo. La sala estaba llena de médicos y enfermeras. Tenía el presentimiento de

que mi final se acercaba. Quería hacer algo para despertar mi cuerpo, pero los médicos tenían ya el veredicto final : ¡El paciente murió!

¿Cómo era posible que estuviera muerta cuando estaba viva y era consciente de todo lo que estaba ocurriendo allí? ¿Cómo iban a decirle a mis padres que estaba muerta cuando estaba viva? ¿Por qué nadie me veía?



En ese momento de desesperación quería que el accidente hubiera sido mortal, que no tuviera que estar separada de mi cuerpo, perdida en un mundo al que no pertenezco. Mi único consuelo era que podía ver a mis padres, aunque mi vida fuera la de un fantasma.

El momento más difícil fue mi participación en mi propio funeral. El sufrimiento de mis padres y mis parientes me derribaban. Estaban llorando mi muerte y yo, de una manera u otra, estaba viva.

Y ahora mi vida estaba tomando un camino diferente, en un mundo donde mi alma no era más que un viajero solitario.

Necesité un par de meses para poder acostumbrarme a lo que era. Seguí con mis antiguas costumbres para no sentirme distinta, aunque mi alma no pedía nada, estaba en paz consigo misma. No sabía qué hacer para continuar con mi vida, dónde iba a vivir. Quería un lugar sólo para mí. Y entonces me acordé del bosque al que iba cada día. Era el lugar perfecto. Sólo yo, los árboles y los pajaritos. Aquel pedazo de paraíso sería mi nueva casa.

Cuando llegue allí, todo estaba igual. Me parecía que el tiempo estaba detenido dentro del bosque. Me sentía protegida. Los árboles y las flores se convirtieron en mis mejores amigos.

De vez en cuando visitaba la casa de mis padres. Estaba feliz sólo con verlos y con saber que estaban bien. A veces extrañaba la comida de mi mamá, sus consejos, su forma de despertarme, sus discusiones por el desorden. Ahora tenía otra familia, que sustituía de un modo u otro a mis padres. Encontraba tranquilidad sólo con mirar las flores. Sabía que ellas me entendían, que me sentían. Tenía a quién confesar mis ansiedades y mis secretos, también sabía que el bosque sabría cómo guardar todos mis pensamientos.

Una mañana ocurrió algo extraño. El viento balanceaba los árboles, los pajaritos estaban muy inquietos. Algo iba a pasar. De repente oí vagas voces. Vi entre los árboles a mi mamá y a mi papá acercándose por medio del bosque con mi diario en sus manos y algunas fotos de este bosque. Recuerdo que había escrito en mi diario hacía mucho tiempo que me encantaría que este lugar fuera mi lugar de descanso.

Mi mamá tenía una bolsa. Vi cómo sacaba de dentro de la bolsa todas mis cosas queridas. Las puso junto a la raíz de un árbol y, al lado, una carta. Estaba llena de emociones. Después de que salieran, cogí la carta y empecé a leerla:

Mi dulce ángel,

Te fuiste demasiado pronto, demasiado rápido. Es probable que estés bien, pero dejaste un enorme vacío en nuestros

corazones. La casa esta vacía sin ti, nos faltan tus risas y tu presencia, y tu ausencia aún duele. A veces te buscamos y tú no estás, te esperamos y tú no vienes. Dejaste mucha tristeza, un dolor profundo y unas miradas que te ven en todas partes. Te echamos de menos y donde quiera que estés, no olvides que siempre te vamos a querer.

Este fue mi destino. Ser un alma perdida.

Ana-Maria Struț
Universidad “Ștefan cel Mare”, Suceava

Después de una tormenta

A pesar de que era todavía temprano, el sol quemaba el cielo como no lo había hecho desde hacía mucho tiempo. Se anunciaba un día muy caluroso. El cielo azul, menos de lo habitual, parecía blanquearse por los rayos que llegaban desde el borde del disco solar. Ninguna nube, sin importar lo pequeña que fuera, se atrevía a hacer frente al calor del sol.

En las estribaciones de las montañas, un arroyo claro brillaba a la luz del sol. No se oía nada, ningún sonido, ningún bramido de ciervos molestaba el sueño profundo del bosque.

En esta mañana llegó un grupo de amigos. Al ver que el día sería muy caluroso, arreglaron las tiendas y se quedaron un rato para ver en qué dirección debían ir. Los tres chicos decidieron ir a buscar madera para la fogata. Las chicas se quedaron para meter las bolsas en las tiendas. Hasta que los chicos llegaron, ellas prepararon la carne para la parrilla, tomaron un refresco y esperaron tranquilas a sus amigos. Dos de ellos llegaron rápidamente, con una brazada de ramitas, riendo.

-A Pablo lo mandamos a buscar más. Vino con dos ramitas y pensó que ya está.

-Lo mandamos a que se haga amigo de los osos, para darle más madera -dijo el otro muchacho, y los demás empezaron a reírse.

Pablo, enojado por que los chicos se burlaran de él por no traer tantas ramitas como ellos, decidió buscar más madera de la que él solo podía cargar. En su búsqueda, vio a una chica por ahí.

-No es ninguna de mis amigas, tratando de encontrarme. ¿Quién será? En fin, no la conozco, ¿pero con quién ha venido aquí? ¿Ella, una chica, buscando ramitas? ¿Y los hombres qué hacen?

Ella también lo vio.

-Sería bueno que me apurara, porque si no, llegará otro y cogerá todas la ramas de por aquí.

Se vieron, pero no se dieron mucha importancia entre ellos. Cada uno de los dos trataba de buscar mucha madera sin interesarle lo que hacía el otro y sin hablar. Pero, de repente, tropezaron el uno con el otro tratando de coger el mismo tronco. Sorprendentemente, en vez de hablar o por lo menos saludarse, empezaron a pelearse por la madera.

-¡Es mío!

-¡No, mío! ¡Yo lo he visto primero!

Después de un tiempo de pelea inútil, ella partió enfadada y él, feliz, regresó con sus amigos, muy orgulloso de sus hechos.

La noche era fría. Pablo era feliz de tener madera para hacer la fogata y no le importaba nada más. El sol tomó su lugar entre las ramas de los árboles, dejando el bosque cansado, preparado para acostarse. La luz parecía arrastrada por un mano invisible.

El chico rió toda la noche con sus amigos, comió y bebió. Parecían las vacaciones perfectas. Nada le parecía mal, no le asustaba ni siquiera el cambio de temperatura tan brusca.

-En las montañas, esto es normal -dijeron ellos.

Después de un tiempo, se metieron en las tiendas y se pusieron a dormir. Pero, en medio de la noche, Pablo despertó. Ya no podía dormir. Hacía tanto frío que no le sirvió para nada todo lo que él había preparado para pasar esa noche. Salió e hizo otra vez el fuego. Apenas alcanzaron todas las ramas que reunieron para calentarse un poco él y sus amigos.

El día siguiente no fue tan caluroso. El cielo era mucho más azul que el día anterior y unas nubes tapaban de vez en cuando el sol. El viento soplaba flojo. El bosque estaba tan callado como antes. Sólo unos pájaros se despertaron y empezaron a cantar muy alegres.

Pablo y sus amigos se fueron nuevamente a buscar ramas, pensando que la noche siguiente las iban a necesitar. Buscando madera, Pablo se apartó de su grupo y vio a la chica con la que se había encontrado el día anterior. Esta vez, la chica estaba recogiendo flores.

"¿Qué hará con las flores si la noche será igual de fría? Porque fuego, seguro que no."

-Pablo, ¿qué estás mirando? ¡Ven ya! -gritaron sus amigos.

Pero él no quiso irse. La chica merecía un “perdón” de su parte, y estaba dispuesto a hablar con ella. Le preguntó cómo paso la noche, si tuvo suficiente madera y si podía hacer algo para disculparse, tal vez pudiera reunir ramas para ella.

-Gracias, pero esta noche ya no las necesito.

Él se apartó de ella, la saludó y pensó que la chica ya se iba a su casa, así que toda la madera sería para él.

-¡Cuidado con lo que haces hoy! El día es mucho mas frío que ayer así que nunca se sabe lo que puede pasar -le dijo ella, y se puso a recoger más flores.

El día se hacía más frío con cada hora que pasaba. El cielo se volvió gris, el sol desapareció casi completamente y el viento soplabla con mucha más energía. El grupo de amigos hizo fuego pero aun así no se sentían seguros de que les serviría de mucho. No sabían lo que debían hacer. Estaban preparados para tres días de vacaciones muy calurosos, como debe ser en agosto. Oyeron los truenos y pensaron que debían irse de allí en ese instante. Pero tenían que bajar mucho hasta llegar al lugar donde habían dejado los coches y temían que la tormenta los encontraría en el camino.

-No hay otra. ¡Nos tenemos que ir! Si el viento sopla así nos llevará las tiendas y nos quedaremos aquí, sin protección alguna. Pero si bajamos, tenemos una oportunidad de llegar a tiempo -dijo Pablo.

Los otros opinaron que era demasiado arriesgado y que mejor sería que buscaran algo para sostener mucho mejor las tiendas y quedarse allí. La chica, que vio que ellos no se daban cuenta de la gravedad de una tormenta estando en unas tiendas, se acercó a ellos y les invitó a ir con ella a su cabaña y pasar allí la noche mientras pasaba la tormenta. Pablo no entendía nada... ¿Ella tenía un cabaña, allí arriba, en las montañas, y él no había visto nada? La chica se presentó y les explicó que no habían visto la cabaña porque estaba algo lejos de la zona donde ellos arreglaron las tiendas, pero les explicaría más si iban con ella, porque el lugar donde estaban no era nada seguro y, si no se apuraban, la tormenta los encontraría allí.

Y tuvo razón. Al poco tiempo de llegar a la cabaña de María, empezó a llover.

Las gotas grandes y pesadas caían enojadas desde el cielo. Este estaba esparcido con nubes oscuras, relámpagos

deslumbrantes llenaban el cielo. Estaban tan cerca de la tierra que parecía que el cielo lo cubría todo. Como en una señal, los relámpagos se detuvieron. Después de unos segundos de respiro, en los cuales parecía que la naturaleza respiraba por fin, los ruidos fuertes ensordecieron el paisaje. La naturaleza estaba vibrando. Los sonidos escalofriantes de los truenos congelaban todo a su alrededor. Por unos momentos que parecían horas, parecía que no había escapatoria. Después de que el último eco de los truenos cesara, se sentía tranquilidad. Una aparente tranquilidad, porque la lluvia seguía y llenaba la naturaleza de sonidos frecuentes y ciegos. La gotas de la tormenta caían como flechas en la tierra.



Las ramas de los árboles se inclinaban cansadas delante de la lluvia. Un viento suficientemente fuerte para inclinar los árboles ayudaba a la lluvia. La más afectada por la tormenta era la hierba. Luchaba duramente para mantener en la superficie los hilos verdes para respirar libremente. Si la lluvia continuaba al mismo ritmo, la hierba no duraría mucho tiempo. Algunas flores ya habían perdido

sus pétalos de colores. Parecía que se molestaban por su derrota, el agua fluía en sus hojas como si fueran lágrimas de dolor.

Imperceptiblemente, la lluvia perdía sus poderes. Las gotas de lluvia caían cada vez con menos frecuencia y los rayos del sol ya aparecían. Al principio, tímidos, pero cada vez más fuertes, lograron derrotar la plaga que pareció no tener fin. Se oía a los pajaritos. Se preparaban para probar el aire fresco después de la lluvia.

Mientras tanto, la chica le explicó a Pablo que necesitaba troncos para hacer una fogata para unos turistas que estaban hospedados allí, pero que esa mañana se habían ido, obviamente sin una fogata inolvidable. En la cabaña, los jóvenes miraban el paisaje. No podían entender cómo había aparecido la tormenta, así, de la nada. El día anterior, un día caluroso, no anunció nada de lo que acababa de pasar.

El grupo de amigos ya se querían ir. La lluvia había pasado, el sol había aparecido, así que no había ningún motivo para quedarse todavía allí. Pensaron que harían otra vez una fogata y que las vacaciones no estaban todavía perdidas. Iban a poder divertirse como habían planeado desde hacía mucho tiempo. Sólo que olvidaron un pequeño detalle sobre el que, por supuesto, Pablo les advirtió. Si se iban, tendrían que hacer una fogata para calentarse durante la noche, pero toda la naturaleza estaba húmeda y si los troncos no estaban secos no arderían.

La anfitriona, la chica, les propuso que se quedaran allí la noche completa y, si al día siguiente hacía buen tiempo, se podrían ir para hacer lo que quisieran. Todos estuvieron de acuerdo y, mientras los hombres fueron al lugar donde instalaron las tiendas, para traer todas las bolsas que había dejado allí, las chicas prepararon una mesa, en medio de la naturaleza, con todo tipo de platos. Mientras todos comían, podían mirar la imagen del anochecer.

El disco del sol bajaba lentamente hacia el atardecer. Su brillo se reducía y extendía alrededor una luz pálida. El calor de hacía unas horas desapareció y las temperaturas bajaron considerablemente. Era la señal de que el anochecer estaba esperando, así que mostraba su cara de inmediato. La enorme montaña que estaba frente a los jóvenes era como el muro de una prisión que encarcelaba al orgulloso sol. Mantenido en las cadenas

del anochecer, el sol murmuró algunos rayos y se retiró después de la cresta de la montaña. Con el último poder, el sol lanzó unos rayos débiles de luz sobre las crestas boscosas. Era su último intento, la montaña era demasiado alta, y el sol no lograba hacer más. Observando la debilidad del sol, el anochecer se instaló cómodo sobre la naturaleza.

Llamó en su ayuda al viento, que le respondió de inmediato. Empezó por algún sitio en las alturas de las montañas y sopló hasta en su base. El bosque que vestía la montaña reaccionó y con un silbido largo movió sus ramas como en un baile armonioso. Un pesado silencio dominaba todo el ambiente. Las únicas que se alegraba de que la noche estuviera por llegar eran algunas aves. Con la ventaja de adaptarse a la oscuridad, volaban sobre la montaña callada. Flotando en círculos, estaban buscando animales pequeños en la tierra para comer, refugiándose en el anochecer.

Los jóvenes, al terminar de comer en un paisaje que parecía pintado por un hábil pintor, entraron en la cabaña, ya que el anochecer tampoco duraría mucho tiempo. Muy pronto la oscuridad de la noche conquistaría la naturaleza.

El día siguiente, Pablo despertó antes que sus amigos. Encontró a María fuera, respirando el aire, como si fuera la última vez. Ella le explicó que en poco tiempo se tenía que ir de allí porque los nuevos dueños estaban por llegar. Había vendido la cabaña y le hacía mucha falta la tranquilidad de saber que al llegar el verano ella se podría escapar a un lugar poco ruidoso. Podría venir de nuevo, pero sólo por pocos días, como había hecho Pablo con sus amigos. No le gustaba para nada el pensamiento de que se tenía que alejar de una vida a la que ya estaba acostumbrada y que la hacía tan feliz. Pero no había otra. Tenía que aceptar la realidad como una persona madura.

Salió a pasear junto con Pablo por el lugar que tanto echaría de menos. Los dos descubrieron que durante la noche había llovido un poco. Las grandes hojas de los árboles estaban húmedas. El agua empapó cada célula de las hojas. Las gotas se encontraban y formaban pequeños arroyos que llegaban por todas las hojas. Desde lo alto, la luz trataba de acariciar la superficie de las hojas. Cuando lo conseguía, miles de chispas deslumbrantes cubrían la naturaleza. De vez en cuando, una brisa soplaba suavemente a través de los árboles pero casi no había ningún ruido en el bosque. Sólo unos

pajaritos que cantaban y que anunciaban a los demás que la vida seguía después de la tormenta.

-¡Despreocúpate, María! Verás que en la ciudad también hay muchas cosas que hacer en verano. Y si no te gusta, iremos al mar.

-¿Iremos? ¿Es decir, los dos?

-Sí, no te voy a dejar sola. Creo que en ti puedo encontrar una muy buena amiga.

Hablaron un rato y se dieron cuenta de que los dos eran muy parecidos. María conocía la naturaleza y le podía enseñar sobre ella a Pablo, ya que él estaba muy interesado en saber más. Lo que había visto en esos tres días le había impresionado mucho. Habían paseado tanto y hablado tanto que no se habían dado cuenta de cuánto tiempo había pasado.

Llegaron a la cabaña donde encontraron a los demás, preocupados, sin saber nada de los dos. Se dieron cuenta de que ya era bastante tarde y de que las vacaciones no podían ser interminables. Tenían que bajar antes del anochecer. Pero todos estuvieron de acuerdo en que habían sido unas vacaciones lindas, y que tenían que regresar lo antes posible. Pero se quedaron con una duda:

“¿Cómo puede la naturaleza cambiar tanto en tan poco tiempo?”

La naturaleza no cambia por completo. Tiene diferentes vestidos que cambia cada día para estar siempre lista para impresionar a la gente. Y los usa tan bien que cada día es hermoso, sin importar cómo se vista

.

Ancuța Maria Pîrghie
Universidad “Ștefan cel Mare”, Suceava

En su camino

Era primavera, toda la naturaleza volvía a la vida. Para María, que vivía en la estribación de la montaña, la primavera era un verdadero paraíso. La carretera que conducía a su casa era de piedra y a cada lado tenía árboles que empezaban a estar en flor, en el río que fluía en el linde del bosque se reflejaba el cielo claro y azul y por todas partes había hierba con miles de florecitas. Se podía escuchar el zumbido de los insectos y las canciones de los pajaritos, tranquilos debido al sol de primavera.

María esperaba a un grupo de turistas para acompañarlos a la montaña. Ella era guía y también tenía a su cuidado una casa donde los turistas se alojaban. Cuando el grupo llegó, la sonrisa que le trajo ese día espléndido de primavera cambió. Hablo sólo con el líder del grupo, el cual le informó de que el grupo era de doce personas: siete hombres y cinco mujeres, pero ella nunca pensó que “él” iba a estar en el grupo.

-Hola María -habló el líder, Miguel.- Vimos fotos de este lugar, pero estar aquí y verlo con nuestros propios ojos es mucho más de lo que imaginamos.

-Sí -respondió ella con una falsa sonrisa-, cada primavera aquí es una nueva aventura, casi nada es igual al año pasado.

-Ahora ansiamos que nos digas dónde podemos quedarnos esta noche, porque el camino fue agotador y queremos tener fuerzas para mañana, para nuestra expedición -dijo Emma, una de las cinco mujeres, que parecía muy cansada.

María les mostró las habitaciones que estaban libres y se fue a su cuarto muy pensativa. No sabía qué hacer, no podía decirle ahora a todo el grupo que no iban a hacer la expedición porque a ella le molestaba uno de ellos. Y tampoco estaba segura de que fuera capaz de comportarse como una profesional con él a su alrededor. Todos estos pensamientos la atormentaron toda la noche, pero al amanecer decidió que iría, se comportaría como debía comportarse, pensando que quizás todo estaba solo en su cabeza,

que Juan no había regresado para cumplir su amenaza, que él había cambiado y que había venido por simple casualidad.

Cuando María salió de su cuarto, el grupo estaba ya preparado para empezar la excursión a la montaña. Se llevaron mochilas y todo el equipo, incluida la comida que necesitaban para los tres días, y se pusieron en camino. El paisaje era maravilloso: el bosque empezaba a reverdecer, incluso en las manchas de nieve se podían ver las briznas de hierba que forcejeaban para salir a la luz. Unos miembros del grupo que estudiaban el comportamiento de los pájaros tenían mucha curiosidad por ver y observar los del bosque. Por la tarde, descansaron al lado de una arcada de piedra caliza enmarcada por enebros. Mientras comía, María observó a Juan acercándose a ella:

-Que aproveche, María -dijo con un tono sarcástico, y le echó una mirada que le hizo sentir escalofríos. Ella no respondió nada, pero desde ese momento sintió de verdad que Juan había vuelto para vengarse.

Ahora, pensando en el pasado, María estaba cada vez más preocupada. Tres años antes, cuando María era todavía estudiante, a la universidad vino un nuevo muchacho con el que, paseándose por el patio de la universidad, se tropezó un día. En ese momento trataba de coger una flor de un árbol del patio y Juan no estaba atento a por donde andaba, avanzaba rápidamente y así tropezó con María. La primera intención de Juan fue pedirle disculpas y continuar con su paseo, pero, mirándola de cerca con esa flor que le caía en el pelo, le pareció la mujer más bella del mundo. En ese momento Juan se enamoró.

A partir de ese día siempre intentó ponerse entre ella y su prometido, Manuel, con el cual debía de casarse ese mismo año. Hizo todo lo que pudo para conquistar a María: le enviaba flores, le escribía poemas de amor, le hacía declaraciones de amor en público porque María nunca aceptó encontrarse con él en privado. Viendo esto, empezó a amenazar a Manuel con que si no se separaba de María no le iría nada bien. Pero los enamorados no le hicieron caso. Creían que decía y hacía tonterías de un hombre enamorado, incluso se burlaban de él. Uno de esos días, poco antes de la día de bodas de María y Manuel, este se fue con sus compañeros de universidad en un corto viaje a la casa de campo de uno de ellos. Pero, al volver, Manuel no regresó con ellos. A la pregunta de María

-“¿dónde está Manuel?”- ellos respondieron que él se había ido antes sin decir nada y que estaban muy sorprendidos que no hubiera vuelto.

Después de tres días sin ninguna señal de Manuel, María anunció su desaparición, pero no averiguó nada sobre él. Entonces Juan intentó acercarse a ella, diciéndole que Manuel se había ido porque no la amaba como él y otras cosas así. Pero ella nunca lo aceptó, porque amaba a Manuel y a nadie más. María, con la desaparición de su amado, era muy sospechosa con respecto a Juan. Empezó a pensar en todas sus amenazas y casi creía que Juan era culpable de la desaparición de Manuel. Juan trató de enamorarla, no pudo y, al final, la amenazó con que si no lo amaba a él, no amaría a nadie más. Entonces María trató de alejarse de él. No pudo porque era muy insistente y decidió cambiarse de universidad, de número de teléfono, rompió cualquier relación con los de esa universidad. Lo hizo. De Juan no supo nada en esos tres años pero ahora había recuperado parcialmente su vida y no podía pensar cómo la había encontrado.

Continuaron la expedición. En el camino, los miembros del grupo disfrutaron de las bellezas de la naturaleza: los picos de la montaña que todavía estaban cubiertos de nieve en contraste con la naturaleza que empezaba a vivir de nuevo; hicieron fotografías a una gamuza que los miraba desde lo alto de una montaña y en cada paso descubrieron algo que les sorprendía. Sólo a María la molestaban las miradas insistentes de Juan.

Amanecieron cerca de una cueva en el corazón de la montaña. Habían instalado las tiendas de campaña, hicieron un fuego, comieron, cantaron, bebieron y, estando casi borrachos, contaron historias de fantasmas. Delante de María, Juan contaba una historia en la cual el espíritu de una mujer asesinada por su propio esposo -que hizo a los demás creer que ella se había suicidado- había regresado para vengarse y había empezado a atormentar a su esposo y a los que, aunque sospecharon algo, no hicieron nada y en efecto continuaron siendo amigos de él y le ayudaron con el funeral. Cuando contaba eso, en el momento en que dijo que el espíritu había venido para vengarse, el fuego reflejado en sus ojos le hacía parecer mucho más poderoso y temible. Bebiendo y contando historias se quedaron dormidos uno por uno todos los miembros del grupo menos Juan y María, que

habían permanecido despiertos. Juan, aprovechando la situación, se había acercado y había empezado a hablar:

-¿Y Manuel? ¿Regresó?

-No -respondió María con voz temblorosa.

-Te fuiste sin decir nada. ¿Crees que fue justo para mí? ¿Crees que mi alma es para que tú te burles de ella?

María no respondió nada. Al cabo de un rato, Juan empezó otra vez:

-¿Tal vez con el paso del tiempo cambiaste de idea sobre mí? ¿Podrías amarme ahora? No se por qué a "él" lo pudiste amar y a mí no. Yo, que estoy dispuesto a hacer todo por ti...

-A ti no te va amar nadie nunca -respondió María, insultándolo. Sintiendo que no se calmaría y que nadie estaba despierto para ayudarla, cogió su mochila y empezó a huir hacia el bosque. Juan fue detrás de ella:

-¡María, espera!



Al amanecer, todos despertaron con dolor de cabeza y sólo después de dos horas observaron la desaparición. Los buscaron todo el día, habían llamado a los guardabosques pero en ninguna

parte los encontraron. Lo curioso es que, cuando regresaron a la casa rural, algunas de las cosas de María ya no estaban allí, entre ellas parte de su ropa y la fotografía de su amado Manuel.

Pasó la primavera, pasó el verano, y ahora el otoño se está acabando. En el camino que va a la casa de María hay sólo hojas muertas, casi podridas por la lluvia fina y densa que parece que nunca deja de caer. Los árboles en flor de la primavera ahora están desnudos y solos, lloran balanceándose las ramas. El cielo llora con toda la naturaleza. En el río nervioso y tumultuoso que fluye en el linde del bosque no se reflejan ni siquiera las grandes nubes negras. Los pajaritos se fueron con el caluroso sol del verano y aquí se oye sólo el viento fuerte que parece anunciar los primeros copos de nieve. Alguien abre la ventana de la casa y una mano, que parece de cera blanca, se ve por la ventana agitando un cigarrillo.

Iulia-Georgiana Braer
Universidad "Ștefan cel Mare", Suceava

El laberinto de terciopelo

Era una mañana de primavera suave, aterciopelada, cuando la naturaleza y mi alma trataban de recuperarse después de un largo y duro invierno. Y como estaba yo sentada en casa, pensé que me vendría bien un pequeño paseo, sola a ninguna parte, en un rincón, donde nadie y nada me molestara y donde pudiera encontrar la paz.

Por lo tanto, salí de casa y empecé a pasear; pequeña ciudad, monótona, donde todos se conocen y donde siempre sucede algo, pero no hay nada que me llame la atención. Y como iba así, a ninguna parte, sin tener en cuenta a nadie, levanté la cabeza del suelo y, como caída del cielo, se me presentó ante mí una obra maravillosa de la naturaleza. Era un bosque en el borde del pequeño pueblo donde pasé los fines de semana con mis amigos de la infancia y donde hubo una gran cantidad de eventos. Fue el lugar que me despertó la nostalgia y me abrió una brecha en el alma, herida por los golpes de la vida. Lo miré y me dije: "¿Por qué no?" Y me moví lentamente hacia él, me senté en la hierba cubierta de rocío y un poco fresca, y dejé que mi mirada se extrañara con el paisaje.

Las aves regresaban a sus hogares apresuradas, las mariposas pululaban a mí alrededor, el cuco cantaba para acompañar a la naturaleza y el aire caliente, los árboles en ciernes, con sus alas de color rosa y blanco parecían poder volar hasta el otoño, y la hierba crecía más verde. Mientras caminaba, lo que se veía en la naturaleza despertaba a la vida.

Andaba pensando en el mundo de los sueños y las esperanzas, cuando de repente apareció ante mis ojos el color rojo moteando el verde sin fin, algo que hizo que mis pensamientos se centraran en él. Me levanté con facilidad y, curiosa, me acerqué, y lo que vi delante de mí fue un bulto pequeño de terciopelo que estaba luchando para asomar la cabeza en algunas ramas de un arbusto espinoso, que se oscurecía y le impedía mostrar su belleza y delicadeza. Era un pequeño y frágil capullo de rosa, pero de una

rara belleza, que parecía sonreírme y me hizo sentirme menos sola. Miré así, durante minutos enteros, pero sin tocarlo, porque tenía temor de que pudiera hacerme daño.

Por fin, me armé de valor y lo cubrí con mis manos cansadas y él me premió con un tierno y suave tacto que me envió de vuelta a la tierra de los sueños.

Mientras pensaba en lo que tenía y lo que me había dado, sentí un escalofrío y retiré las manos. Fue una espina lo que me tocó en un soplo de viento, y me desperté a la realidad. Entonces me di cuenta de que hasta la rosa más bella tiene espinas, y me dije que tenía que luchar para corregir lo que estaba mal en mi vida.

Decidí quedarme, pero al ver que el sol estaba a punto de desaparecer, que el viento empezaba a soplar frío, me di cuenta de que tenía que dejar el mundo de los sueños y volver a la rutina diaria. Me dirigí de vuelta a mi casa, pero no sin antes tocar una vez más el bulto de terciopelo. Ahora, yo era otra persona.

Y mientras caminaba firme y digna, mirando como el mundo cambiaba a mi alrededor, alguien me detuvo y me dijo: “Disculpe, señora, ¿usted sabe que el cuerpo tiene como un botón de rosas, brillante y delicado? Puedo hacer cualquier cosa para conseguir menos.” Me quedé asombrada y no tuve fuerzas para responder, así que pasó la mano por mi cara como si fuera a hacerme daño y luego me dijo: “También hago esto en cada momento, toda la vida, si me lo pide”, y se fue.

Me quedé inmóvil por un momento. Luego me repuse y pensé que estaba loca, pero algo se trasladó de su tacto a mi alma y de repente volteé la cabeza hacia atrás para buscarlo. Pero ya era demasiado tarde, porque había desaparecido.

Me sacudí dos veces para volver mí misma y continuar mi camino a casa, de vuelta a mis pensamientos, para resolver mis problemas. Y así llegué a mi casa, pero no me podía sacar de la cabeza lo que me había dicho esa persona.

Pasaron los días, hasta que un accidente cambió mi vida. El castillo construido se derrumbó. Yo estaba debajo y no podía levantarme, no había luz. Estaba desesperada, pero de repente recordé aquel paseo de primavera. Lo dejé todo, salí de casa y regresé a aquel lugar con gran esperanza en el alma. En cuanto salí, me saludó el calor del sol abrasador, tan insoportable que me cortó la respiración.

Miré a mi alrededor y no vi a nadie, el calor hizo de todo para esconderse de la estrella de oro que enviaba hacia abajo los rayos de fuego. Pero yo no sentía nada, el destino me había golpeado tan fuerte que ya nada podía hacerme daño. Me quedé petrificada, con el alma triste y cerrando todas las puertas. ¡Ay! En mi alma había sombra y frescura.

Finalmente llegué al borde de un prado, caí de rodillas, levanté los brazos hacia el cielo y dejé la sombra y la brisa recorrer mi cuerpo y mi alma. Me senté, bajé la barbilla y la apoyé en las rodillas, y una hoja de roble traída por el viento se sentó, como cansada de vivir, en mis brazos. En la hoja, vi una pequeña y delicada mariquita, pintada de color rojo oscuro, que descansaba tranquila en la batalla contra el viento suave. La cogí con los dedos, la saqué de allí y traté de darle un pequeño impulso, soplando suavemente con el fin de ayudarla a encontrar la libertad.

Alzando la cabeza, vi la maravillosa tierra, que no había cambiado desde mi último paseo, y recordé la bola de terciopelo rojo. Me levanté y corrí deprisa hacia el lugar donde se encontraba, con la esperanza de que siguiera allí. Corrí con el alma en la boca, con el alivio del viento lúgubre y con la sombra fresca de los árboles. Las puertas de mi alma se abrieron y todo el pasado se fue con el viento. La esperanza se encendía en el alma, y todo tipo de ideas se me cruzaban por la mente. Me detuve repentinamente. No podía creer lo que mis ojos veían: mi bulto de terciopelo ya no era un bulto, ahora era una copa de pétalos suaves, altiva y orgullosa de su belleza. Me senté frente a él, como queriendo darle las gracias. Lo tomé con fuerza en la mano y toqué cada pétalo, y no pude apartar la mirada de él.

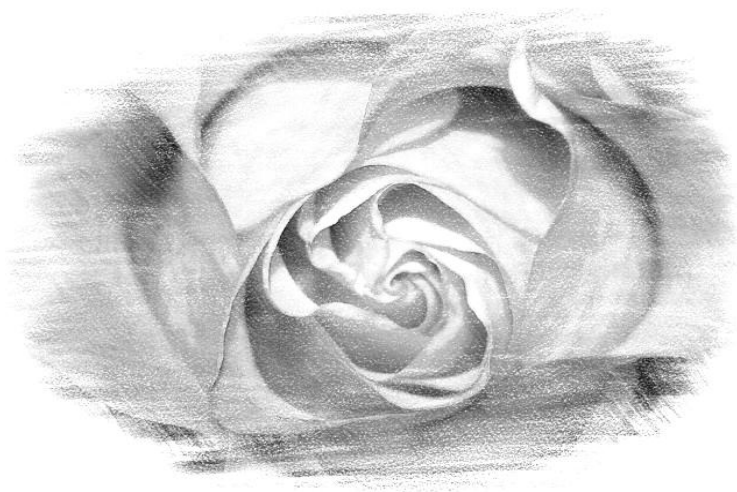
Parecía tan perfecto... Traté de entender cómo se las había arreglado para crecer hasta ser algo tan hermoso y grande, a pesar de estar ensombrecido por un bosque entero.

Después, sentí una fuerte ráfaga de viento. Se acercaba la tormenta; el viento era más fuerte y los árboles se doblaron. Pero el bulto no se movió. Entonces me di cuenta de que el roble a los pies del que nació se había hecho cargo de él, siempre.

El tiempo cambió y, a pesar de que difícilmente me decidí a dejarlo, lo retuve en mi mano y bajé ligeramente los secos pétalos de terciopelo. Le hice una última caricia y salí a la carretera.

Estaba triste, sabiendo que en mi casa no tenía nada de lo que había tenido y apreciaba antes, sabiendo que estoy sola y olvidada. Me fui a mi casa, y de repente algo hizo que mi corazón palpitara. A lo lejos vi a la misma persona que la primera vez. Se dirigía hacia mí. Me armé de valor y le miré a los ojos, pero cuando traté de detenerlo para hablar con él, sus ojos me encantaron. Otra vez me quedé sin reflejos y, como no tenía capacidad de reaccionar, pasó lentamente a mi lado, me rozó suavemente y siguió su camino.

Cuando volví en mí, ya se había ido, pero esta vez le había visto mejor la cara y había entendido que mi alma lo anhelaba. Desde entonces, diariamente visito ese maravilloso lugar y luego regreso a mi casa vacía, con la esperanza de reunirme de nuevo con la persona que me puso el fuego en el alma. No volví a verlo y poco a poco abandoné la idea de que lo volvería a ver.



El otoño se acercaba, mi rosa se desvanecía y mi soledad se había convertido en una pesadilla. Hasta que, un día, a finales de otoño, mientras los rayos del sol se filtraban por el pálido cielo plomizo, la vida me dio una lección sobre el futuro. Fui a visitar a mi bulto de terciopelo, triste, sin esperanza, en un paisaje rubio, donde

el mar verde era de color amarillo y el viento que una vez me dio la vida, ahora me congelaba el alma y el cuerpo. Me puse delante de él, el que me había dado coraje y esperanza, y vi con asombro como él, que un día me había parecido invencible, ahora era viejo y había dejado de luchar. Dejando los pétalos aterciopelados a su izquierda, me pedía a poner fin a su sufrimiento. Con tristeza en el alma, lo miré y tomé la decisión de sacarlo de allí para salvarlo de la pena. Y con él, me puse a vagar por las calles de la ciudad, sin querer entrar en la casa donde me ahogaba la soledad del alma. Empezó a llover con cristales pequeños que poseían al cielo y a la tierra.

La rosa, la flor del amor, dejó que las lágrimas del cielo me lavaran de forma continua y poco a poco dejó caer su cabeza sin problemas en mis brazos. Y mientras yo miraba la flor marchita, tomé los pétalos roñosos en la mano derecha y empecé a dejarlos volar con el viento a lo lejos, sin mirar atrás. Y así, sola, decidí volver a mi casa. Una lágrima caía por mi mejilla y mi alma estaba vacía, cuando de repente alguien me tocó en el hombro. Miré atrás y vi un puñado de pétalos de rosas. Luego sentí otra mano que enjuagaba las lágrimas de mi mejilla.

Miré hacia arriba y aparecieron ante mí dos ojos azules, claros como dos gotas de rocío, un rostro luminoso y de madera. Una voz dulce me dijo: “Creo que éstos te pertenecen a ti”, y me ofreció los pétalos de rosa. Los cogí en la mano, sentí su tacto, pero no pude esbozar ninguna mueca.

Él emprendió la marcha, pero se volvió y me dijo: “¿Sabes qué? Yo lo que te pediría es... ¿Quieres permitirme que cuide de tu corazón a partir de hoy?” No dije nada, no podía encontrar las palabras. Me miró profundamente a los ojos y, poco a poco, dejó mi cabeza sobre su hombro y me eché a llorar. Entre los ríos cristalinos que brotaban de mis ojos, conseguí sacar dos sonidos: “Sí, sí”.

Ahora, me siento y miro los ojos y los pétalos de rosa, y lloro de felicidad porque la historia me dio la vida para vivir.

Simona Ioana Leonti
Universidad "Alexandru Ioan Cuza", Iași

Inalcanzable

Cada vez que miro por la ventana me pregunto si soy yo la que mira. Siento como si lo de afuera me estuviera mirando, deshojándome el corazón igual que la llegada de este invierno despluma, uno tras uno, los árboles. Sentir que todo lo que llevo por dentro, tantas fantasías, tantos deseos, tantos sueños desquiciados, tantos secretos que me ahogan por la noche se convierten en ínfimos granos de arena, la intuición de que todo se lo lleva el viento, es tanto tormenta como bendición.

Y ese vendaval que se arrastra por cada rincón olvidado, dormido, despertando tempestades que ya ni importa si alguna vez existieron... ¿Qué es, a fin de cuentas, un alma? Podría ser un antiguo castillo abandonado, cuyas puertas crujen al pasar los fantasmas que me servían de recuerdos. ¿Qué más da ahora si lo que viví fue de verdad o si me inventé mundos de mentira para mantener una ilusión?

Un mundo esférico, tan estrecho que apenas cabíamos yo y unos pocos más. Vivía con la esperanza de que iba a ser suficiente. Rutinas, cuentos de hadas, sueños y esperanzas construían día a día una telaraña en la que acabaría enredándome.

Esta mañana tampoco sonó la alarma. Desde hace un par de días llego tarde a clase. Parece que tuviera la cabeza en las nubes. Bueno, algo hay de eso. Pero ahora no tengo tiempo de estar pensando en tonterías. En diez minutos debo estar en el curso de ballet, o van a pensar que me ha pasado algo. Al terminar de arreglarme, bajé las escaleras casi corriendo hacia la cocina, embuché una empanada y un vaso de leche y salí a la calle, pensando en la suerte que tenía de vivir tan cerca del lugar donde estudiaba.

En la esquina me encontré con Luis, un viejo amigo:
-¡Vaya casualidad! ¿Adónde vas con tanta prisa?

-Es que tengo clase a las ocho y no quiero llegar tarde. ¿Y tú?

-Ya sabes, otro día en la oficina.

"Por suerte, la clase no ha comenzado todavía", pensé al entrar en la sala. Tomé mi lugar de siempre, en medio de mis compañeros, y empecé a hacer los ejercicios diarios, mientras me dejaba envolver por la música. Ya me sabía todos los movimientos de memoria, pero lo más importante era practicar cada día para que todo saliera perfecto. La representación que iba a hacer dentro de dos semanas era vital para mi futuro como bailarina. Era la oportunidad que había estado esperando todo este tiempo, la posibilidad de demostrarme a mí y a mis padres que podía valerme por mí misma, que ya había encontrado un camino en la vida. Quería que estuvieran orgullosos de mí. Pero no podía negarlo, lo hacía también para impresionarlo a él. Estaba segura de que vendría a verme, y por lo tanto habría de dar lo mejor de mí en ese espectáculo.

Cómo me empezó a gustar ese chico tan misterioso e imprevisible, no sabría decirlo. Antes de conocerlo, sabía muy bien cuáles eran mis metas, lo que buscaba en un hombre, lo que el mundo esperaba de mí. Y había planeado mi vida alrededor de eso. Poco me imaginaba que un día, al verlo tocar su guitarra en el bar de Margarita, mi mundo iba a cambiar tan de repente. Me enamoré de él en un instante, quizá porque era tan diferente a mí, o quizá por el fuego de sus ojos y esa sonrisa traviesa. O por la luz que inundaba mi ser cada vez que estaba cerca de él. Por eso lo llamaba así. Ángel. Mi Ángel. Lo mejor de nuestra historia lo vivimos en secreto, y así pensaba mantenerlo. Me encantaba pasear a medianoche por las calles, contándole mil tonterías, dibujando un futuro para los dos y escuchándolo hablar de su pasado, de tantos lugares que había recorrido.

Lo iba a ver esa tarde. Deseaba ansiosamente que el tiempo pasara volando hasta poder estar a su lado. Pero antes, mis amigas me habían preparado una sorpresa. Una pequeña fiesta para celebrar que cumplía 18 años. Al terminar la clase, me encontré con ellas en un café que estaba allí cerca y lo celebramos. Reímos mucho, recordando historias de cuando éramos pequeñas, amorcillos y travesuras de niñas. Me regalaron una joya, una preciosa mariposa de plata, junto con una carta que decía:

“Para que recuerdes siempre que hay que aprender a volar, a desprenderse de las certezas, a tocar, con la yema de los dedos, las nubes.”

La nota me hizo reflexionar sobre el trayecto de mi vida, despertando viejas inquietudes. ¿Acaso mi vida era demasiado previsible? ¿Me había equivocado al planear hasta el más mínimo detalle de mi futuro? Pero esa era la única forma de vivir que conocía. Me brindaba seguridad, me resultaba familiar, aunque a veces anhelaba la adrenalina, lo desconocido. Entre risas, historias divertidas y deseos de felicidad, riqueza y salud, las horas pasaron sin darnos cuenta.

Me despedí de ellas prometiendo otro encuentro esa misma semana. Como siempre, no habíamos agotado ni la mitad de los temas que hubiéramos querido tocar. Pero ya había llegado el momento de ver a Ángel. Cerrando la puerta del local, me paré un momento para escuchar las voces alegres de mis amigas. Después empecé a andar deprisa hacia el lugar de la cita. Recorrí las pocas calles que separaban el café del famoso bar de Margarita y entré. Estaba allí, sentado en una mesa apartada, escondido en la penumbra. Tenía la cabeza entre manos, los dedos envueltos en el pelo. Parecía como si estuviera meditando, pensando intensamente en algo. Me acerqué con cuidado, susurrando:

-La vida es muy corta para estar preocupado. Mejor dame un beso.

-Me alegra que hayas llegado. Estaba revisando los últimos detalles de mi plan -dijo, mientras que en sus ojos brillaba esa chispa de niño travieso.

-¿Plan? ¿Qué plan? -pregunté, siguiéndole la corriente.

-Ya lo verás. No creas que me olvidé de que hoy es un día muy especial.

-¿Lo dices por lo de mi cumpleaños? Ya te expliqué que no presto mucha atención a esos detalles.

-Pues deberías. Para mí, cada día es un nuevo comienzo, una oportunidad irrepetible. Y aún más debería de serlo el día en el que cumplimos años, porque representa el inicio de una nueva etapa.

-Si tú lo dices... ¿Me vas a decir en qué estabas pensando?

-La curiosidad mató al gato. Si te lo dijera, dejaría de ser una sorpresa, ¿verdad? -preguntó, sonriendo por verme tan intrigada.

No quise darme por vencida tan fácilmente, así que volví a intentarlo:

-Anda, dame aunque sea una pista...

-No comas ansias. Lo sabrás todo en su momento. Por ahora, ¿qué te parece si te llevo a conocer uno de mis lugares favoritos?

Terminó su café y salimos a la calle, donde, para mi sorpresa, había una moto estacionada justo enfrente del bar.

-¿Y esto? -pregunté, mirándolo desconcertada.

-Es mi moto. La compré hace dos días. ¿Te gusta?

-Me encanta. De niña siempre quise aprender a montar en moto, pero mis padres pensaban que era demasiado arriesgado. Por lo tanto nunca llegué a cumplir ese sueño. Pero, ¿de verdad que es tuya? ¿No me estarás tomando el pelo?

-Aquí tengo las llaves. Súbete, que ya nos vamos.

Se había puesto el casco y me estaba esperando con un aire inquieto. Estaba tan sorprendida, que tardé unos segundos en reaccionar:

-Pero, ¿cómo voy a subir? ¿Estás loco? Te la has comprado hace apenas dos días. No quiero que acabemos en un hospital.

-No te preocupes, que no es la primera vez que voy en moto. De hecho, hace un par de años tuve una moto parecida a esta. En ese entonces estaba en Francia, estudiando Filosofía.

-Nunca mencionaste que habías terminado esa carrera.

-No llegué a terminarla. Pero eso ya forma parte del pasado, y a mí no me gusta hablar de lo que fue. Más vale vivir en el presente. Además, se nos está haciendo tarde. ¿Vienes?

Me colgué de su cintura y salimos volando hacia un destino que sólo él conocía. Curiosamente, yo ya había dejado de hacerme preguntas. Por primera vez, dejé atrás las preocupaciones y empecé a vivir plenamente cada instante.

El camino me pareció un poco largo, puesto que no hablamos casi nada hasta llegar allí. Estábamos en una playa solitaria, uno de esos lugares cuya belleza te deja sin aliento. Enfrente se extendía, inalcanzable, la línea del horizonte, borrando los límites entre cielo y mar, entre lo efímero y lo infinito. Las olas se precipitaban hacia la orilla, alborotadas, revelando un ritmo que, en vez de asustarme, me calmaba. El sol incendiaba con rayos sangrientos las cumbres de las montañas que se perfilaban a lo

lejos. A la derecha, un caminito empinado y retorcido llegaba hasta un despeñadero tan abrupto que con sólo mirarlo me mareaba. Sin embargo, eso no nos impidió subir. Al contrario, valió la pena esforzarnos, porque desde arriba el panorama era mil veces más impresionante. Me resultaba imposible expresar con palabras lo que veía, lo que sentía, las maravillas que se extendían frente a mí.

-¿Qué te parece? -preguntó Ángel, después de unos minutos de contemplación, mientras una sonrisa enorme iluminaba su cara.

-Es increíble. Nunca me imaginé que iba a conocer un lugar tan deslumbrante. Gracias por compartirlo conmigo.

-Para eso existen estos lugares. Para compartirlos con los seres que amamos, con los que nos recuerdan día a día que vale la pena vivir. Y que, a veces, para ser feliz, es suficiente disfrutar de una tarde a la orilla del mar.

-No te imaginas lo feliz que me haces -dije, sintiendo que sobaban las palabras.

-¿Sabes lo que falta para hacer que esta experiencia sea inolvidable? Cometer una locura. Algo que nunca nos hemos atrevido a hacer, algo que nos hiciera sentir verdaderamente vivos. Saltar al mar desde el borde de este precipicio.

Sus palabras me tomaron por sorpresa. Lo miraba intensamente, tratando de descubrir alguna señal de que estaba bromeando. Pero, por lo visto, lo había dicho en serio. No sabía cómo actuar, así que le pregunté directamente:

-¿Sabes cuántos metros hay hasta abajo? Demasiados. No pienso arriesgarme y tampoco te lo voy a permitir a ti.

-Sé muy bien lo que estoy haciendo. Créeme, no haría nada que pusiera tu vida en peligro sin tomar todas las medidas de seguridad necesarias. Un amigo mío es deportista y viene a practicar aquí cada fin de semana. Me ha prestado su equipo, dijo, sacando de una mochila varias cuerdas, dos cascos y algunas otras cosas.

Aunque se había tomado todas las precauciones, yo todavía no estaba convencida. Estaba sentada en una piedra, mirándolo. Viendo mi indecisión, se acercó, tomó mi mano entre las suyas y dijo:

-Quise traerte aquí para mostrarte un trozo de mi vida, para disfrutar de la magia de estos momentos junto a ti. Y para enseñarte

que en la vida no vas a ganar nada sin arriesgarte. De vez en cuando hay que desafiar las reglas, olvidarse de los demás y hacer lo que manda el corazón. Que no pase un día sin haber vivido algo nuevo, sin que una experiencia única deje su rastro en ti. Así es como he vivido hasta ahora y así es como pienso seguir viviendo. Para mí sólo existen el blanco y el negro. No hay zonas grises.

-Tienes razón. Necesito vivir plenamente estos días. Sin angustias ni preocupaciones, sólo tú y yo, más felices que nunca.

Me levanté y caminé hacia el borde del precipicio. Estaba completamente equipada y el miedo había desaparecido de repente.

Ángel me abrazó fuertemente, susurrando al oído:

-¿Confías en mí?

-Plenamente, respondí.

Unos segundos después, mis pies se habían desprendido de la tierra. El corazón me latía frenéticamente mientras que yo sólo pensaba en lo fácil que resultaba volar. Esos segundos de absoluta libertad parecieron durar para siempre, pero el impacto con el agua me hizo reaccionar. Antes de darme cuenta, él también estaba en el mar, cerca de mí, echándome agua, riendo y jugando como si fuera un niño.

Pasamos así un buen rato, hasta que nos aburrimos y decidimos hacer una fogata. Nos quedamos allí toda la noche, contando estrellas y hablando de la vida, revelando cada uno su pasado, compartiendo esperanzas y, sobre todo, soñando.

Al amanecer, nos subimos a la moto con destino a la ciudad. Éramos los dos inmensamente felices. La carretera estaba vacía; alrededor, todo permanecía dormido. De vez en cuando, Ángel volteaba la cara para mirarme, mostrando su sonrisa enigmática. En una de estas ocasiones, por estar distraída, apenas tuve tiempo de ver que una camioneta se nos acercaba a máxima velocidad desde el lado opuesto de la carretera.

Abrí los ojos despacio, sin saber lo que me esperaba. El corazón se me paró al descubrir que estaba tendida en el suelo, con la ropa toda rota y con un fuerte dolor de cabeza. Aparentemente, el golpe me había afectado más de lo que pensaba, porque me parecía estar en un lugar diferente, más oscuro y peligroso que aquella carretera en medio del campo. Volví a cerrar los ojos,

esperando recuperar la consciencia, pero los minutos pasaban sin ningún efecto. Me levanté y miré a mi alrededor. Estaba en una callejuela tenebrosa, en medio de una ciudad en ruinas. Todo estaba tan desolado y era tan deprimente que no podía contener mi miedo. Varias lámparas parpadeaban de manera amenazante a lo lejos, entre penumbras. Empecé a caminar sin rumbo, tratando de encontrar a alguien que me ayudara a regresar.



La desesperación estaba ganando terreno, mientras me convencía cada vez más de que mi búsqueda era inútil. Por fin, en una esquina, encontré a un viejo harapiento, sucio y con muy mal aspecto, que parecía estar durmiendo en el suelo. Traté de despertarlo, sin ningún resultado. Después de insistir durante algunos minutos, recapacité. ¿Y si estaba muerto? Lo mejor era salir de allí lo antes posible. Eché a correr y no me detuve hasta llegar a una calle más amplia, mejor iluminada. El corazón me latía como si quisiera salirse de mi pecho.

“Pase lo que pase, hay que seguir caminando”, pensé, alborotada por el miedo y confundida por el dolor de cabeza que aún persistía. Iba más despacio, buscando por todos lados una señal de vida. Poco después la encontré, o por lo menos eso creía yo. Me encontraba frente a un niño de aproximadamente ocho años, de ojos claros y pelo largo. Aunque también iba vestido con harapos y su apariencia era similar a la del viejo, el niño me inspiraba confianza. Había algo angelical en su rostro. Caminaba de un lado para otro, con la mirada vacía, muy concentrado, como si fuera un sonámbulo. Al darse cuenta de mi presencia, se detuvo abruptamente:

-No deberías de estar aquí. ¿Qué buscas? -preguntó con voz más seria que una sentencia a muerte.

-¿Dónde estoy? -respondí con voz quebrada.

-Estás en la tierra de lo imprescindible. Aquí lo que importa son las respuestas, no las preguntas. Normalmente, la gente que llega a este lugar tiene una duda que necesita aclarar. ¿Cuál es la tuya?

-No estoy aquí por voluntad propia. No sé cómo he llegado ni por qué me ha pasado esto, pero necesito volver lo antes posible.

-¿Adónde quieres volver?

-A la carretera. Tiene que haber alguna manera de regresar a la realidad, de retomar mi vida -dije, poniendo todas mis esperanzas en una respuesta favorable.

-Sí la hay. Pero antes, déjame iniciarte un poco en los misterios de esta ciudad, porque sólo comprendiéndolos podrás salir de aquí. Aunque parezca muy antigua, pertenece, de hecho, al futuro. Fue construida por los mayas, hace ya muchos milenios. Estuvo un tiempo en ruinas, hasta que un día unos científicos, junto con los mejores arquitectos del mundo decidieron reconstruirla, conservando su núcleo histórico y añadiendo la “Urbis nova”, una parte ultramoderna, más práctica, diseñada para responder a las necesidades de su tiempo. Su construcción cambió para siempre el trayecto de la civilización humana.

- ¿Qué quieres decir con eso?

-La ciudad se desarrolló tanto, que llegó a convertirse en el centro del mundo. Superó con creces las demás ciudades y al final fue la única que logró sobrevivir al paso de la historia.

-Si es tan indestructible como insinúas, ¿por qué ahora todo está en ruinas?

-Porque ya nadie se ocupa de mantenerla. La civilización humana ha llegado a un nivel tan avanzado que descubrió la fórmula de la felicidad. Es tan sencilla que me extraña que hayan tardado tanto en descubrirla. Para llegar a ser feliz, lo único que hace falta es dormir. De hecho, no se trata de un sueño normal, sino de un estado de trance, en el que lo que uno sueña acontece de verdad, es tan auténtico como la propia realidad. No hay límites, ni barreras. No existe lo imposible. El hombre puede elegir lo que sueña, puede hasta intervenir, cambiarle el curso o empezar otro sueño. Todo depende de su voluntad. El sueño se convirtió en una nueva manera de vivir. Por eso los hombres dejaron de interesarse en el mundo real y prefirieron refugiarse allí. Pero se acostumbraron tanto a él que ahora no quieren, o no pueden, regresar. Yo soy de los pocos que aún consiguen despertar por voluntad propia.

Pensé en el viejo que había encontrado hace poco. ¡Qué suerte más triste, el estar encerrado en tu propio mundo sin ninguna posibilidad de volver! Por otro lado, poder controlar todo lo que te pasa, escoger lo que quieres vivir y lo que no... ¿Quién decide donde acaba la realidad y dónde comienza la mentira? ¿Qué pasa si la mentira es mejor que la realidad? ¿Con cuál de las dos me quedaría? Las preguntas se apiñaban en mi cabeza, por más que hubiera querido evitarlo. Mientras más averiguaba, más aumentaba mi curiosidad.

-Todo esto me parece muy interesante, pero todavía no consigo entender qué hago yo aquí -dije, buscando una manera de comprobar que lo que vivía era verdad. ¿Cómo habré llegado?

-¿Qué fue lo último que viviste antes de estar aquí?

-Iba con mi novio en una moto. Sólo recuerdo que una camioneta se nos acercaba rápidamente desde el lado opuesto. Supongo que chocamos, pero no lo recuerdo.

-¡Ahí está! Tu llegada aquí se debe a esa experiencia. El estar tan cerca de la muerte ha hecho que trasciendas los límites temporales. Muy poca gente logra intercambiar dimensiones tan fácilmente.

-Ahora que ese misterio ya está resuelto, ¿cómo hago para volver?

-Dame tu mano. Cierra los ojos y recuerda el camino, la moto, tus manos agarradas a su cintura, el viento jugando en tu pelo....

Tenía los ojos cerrados. Estaba pensando en eso, pero no pasaba nada. Por alguna razón, no funcionaba. "No pienses, sólo recuerda", decía una voz dentro de mí. A medida que iba recordando cada detalle, la voz del niño parecía más y más lejana.

Lo primero que sentí fue un fuerte mareo y el mismo dolor de cabeza, sólo que esta vez mucho más intenso. Estaba tendida en una cama, con el cuerpo entorpecido, pesado. Quise abrir los ojos, pero un violento dolor me lo impedía. Traté de mover los dedos y descubrí que alguien me tenía agarrada por las manos.

-¡Aimeé, reaccionaste! ¡Gracias a Dios! -dijo una voz entusiasmada y a la vez muy conmovida. Era Laura, mi amiga de toda la vida.

-¿Qué pasa? ¿Dónde estoy? -pregunté ansiosamente.

-Estás en el hospital. Tuviste un accidente. Pero no te preocupes, que lo peor ya pasó. Ahora sólo debes pensar en reponerte. Por lo demás, nos tienes a nosotros.

-¿Mis padres ya lo saben? Debieron de estar tan preocupados... -susurré, esforzándome por permanecer despierta.

-¿Cómo no iban a estarlo? Llevas dos semanas en coma. Pensé que te había perdido. Y ellos también.

¿Coma? ¡Qué raro! Con razón no podía moverme. Había permanecido inmóvil durante tanto tiempo, que mis músculos se habían entumecido.

-Esto explica muchas cosas -dije, llevándome las manos a la cara.

-No te quites el vendaje. Tus ojos todavía no están acostumbrados a la luz -detrás de ese consejo, la voz de Laura escondía preocupación, tristeza.

-Dime la verdad -exigí firmemente.- Este dolor que me está quemando no puede ser sólo consecuencia de que mis ojos no se hayan adaptado a la luz. ¿Qué es lo que tengo?

-El doctor dice que... no sé cómo decírtelo... No quiero que te asustes, porque no es nada definitivo... pero es probable que hayas perdido la vista temporalmente.

La noticia cayó como un rayo. Me quedé helada, sin poder pronunciar una sola palabra. Fue como si se me hubiera caído el cielo encima. A partir de ese instante, mi vida dejó de importarme. El mundo se había convertido en una enorme tumba. No sé de dónde saqué las fuerzas para hacer una última pregunta:

-¿Y Ángel?

Por unos instantes, el cuarto se hundió en silencio. Laura echó a llorar desesperadamente, murmurando:

-Se fue...

Sentí quebrarse algo dentro de mí. En el lugar donde estaba el corazón había un hueco enorme, que se extendía rápidamente y amenazaba con acaparar todo mi ser. La razón me decía que tenía que luchar contra ese abismo, tenía que intentar ganar el control, pero me faltaba la voluntad. Ya no tenía por qué luchar. Ya no valía la pena esforzarme. Dejé que la oscuridad me envolviera, mientras que, desde muy lejos, un aparatito anunciaba, en voz alta, que mi corazón había decidido tomarse unas vacaciones.

Curiosamente, estar muerta no era tan desagradable como me había imaginado. De hecho, no había ninguna diferencia, o por lo menos, no una que yo pudiera sentir. A lo mejor de eso se trataba. Estar muerto significaba dejar de sentir. Estar inerte. Pero, si estaba muerta, ¿porqué tanta humedad? Sentía mi cuerpo sumergido en un líquido. Al abrir los ojos, me di cuenta de que estaba de nuevo en esa ciudad extraña, tendida en un charco, con la ropa toda manchada de lodo. Me levanté y traté de encontrar al niño, cosa que no me resultó muy difícil. Estaba en el mismo lugar que antes, pero esta vez no estaba dormido.

-¿Otra vez tú? -me preguntó fríamente.- Pensé que había sido lo suficientemente claro en decirte que ya no tienes nada que buscar aquí. Ya gastaste tu oportunidad. Regresa por donde viniste.

-No puedo y, además, no quiero. Estoy muerta, o así pensaba estarlo antes de descubrir que había vuelto. No tengo manera de regresar. Y no lo haría aunque la tuviera. Porque mi vida ya no vale nada. He perdido las dos cosas que más quería: el destino me quitó la vista y también a Ángel. No tengo ninguna razón para permanecer allí.

-¿Y a ti quién te dijo que puedes cambiar de mundos como te dé la gana, sin ningún tipo de consecuencia? ¿Quién te crees?

-Pero si ya te expliqué que no lo hice a propósito, fue una casualidad. De verdad pensé que había muerto.

-Si es así, vuelve a tu mundo y asunto arreglado.

-No puedo. Ahora, que sé que existe otro camino, no quiero que mi vida acabe tan de repente. ¿No puedes hacer que vuelva media hora antes de tener el accidente? Si pudiera impedirlo, volvería y te dejaría en paz para siempre.

-¿Piensas que soy una especie de hada? No, no se puede cambiar el momento del regreso. Nadie debe ni puede interferir en el paso del tiempo. Pienso que deberías aceptar lo sucedido y resignarte. Como dice el poeta: "Nuestras vidas son los ríos/ Que van a dar a la mar/ Que es el morir". Tarde o temprano, éste es el fin al que cualquier ser humano debe llegar.

-De ninguna manera. No quiero volver y no puedes obligarme.

Nadie podía conmigo cuando se me metía algo en la cabeza. Hacía hasta lo imposible por conseguirlo. Y ahora estaba decidida a no volver.

El rostro pensativo del niño se iluminó de repente:

-¡Ya sé! Si no quieres volver, ¿por qué no intentas quedarte aquí? Podría enseñarte a soñar, y así estarías libre, capaz de construir tu propio mundo.

-No sé... No me parece tan buena idea -contesté a media voz.

-Pues no tienes otra alternativa. Además, para poder aprender a soñar, tienes que pasar una prueba. Hay una antigua adivinanza que, una vez resuelta, garantiza el paso a esa otra realidad.

-¿Una adivinanza? -pregunté, sorprendida.

-Sí. Presta atención. La adivinanza es:

"El niño ríe: mi amor y mi sabiduría es el juego.

El joven canta: mi juego y mi sabiduría es el amor.

El anciano calla: mi juego y mi amor es la sabiduría."

-¿Qué es lo que tengo que adivinar? A mí me parece muy claro. Es un juego de palabras.

-Busca detrás de las apariencias. Tienes que responder a una pregunta: ¿Cuál es el propósito de los tres: el niño, el joven y el anciano?

No tenía ni la menor idea. ¿Qué significaba todo esto? ¿Por qué no podía simplemente regresar a esa playa, como si nada hubiera pasado? ¿Por qué mi vida tuvo que cambiar tan de repente? Algunas personas me responderían: "Porque así es la vida. A veces, pasan cosas. Malas, buenas, no importa. Hay que saber superarlas." Quizá tengan razón. O quizá no hayan pasado por lo mismo que yo. Y esa adivinanza tan absurda... ¿A mí qué me importa cuál era la meta de los tres? Además, ¿qué tienen en común el juego, el amor y la sabiduría? Lo mismo que un niño, un joven y un anciano. Nada. Excepto que... Sí, sí, eso podría ser. Vamos a ver. Tanto el juego, como el amor y la sabiduría forman parte de la vida. Representan etapas importantes en el trayecto de cualquier ser humano. De hecho, el niño, el joven y el anciano son representantes del mismo ser humano, cuyo propósito es... No sé. Aquí sí que me he quedado en blanco. ¿Cuál fue mi propósito cuando estaba viva, antes de que todo esto pasara? ¿Qué es lo que más extraño de ese período? La respuesta es simple. Vivir. ¿Pero qué significa vivir? Para mí, todos los significados de esa palabra se resumen en uno sólo. Ganar recuerdos. Coleccionarlos como si fueran irrepetibles obras de arte, siempre deseando tener más pero a la vez valorando los que ya se hayan obtenido.

Habiendo aclarado esto, decidí formular en voz alta mi respuesta:

-Creo que el propósito de los tres es, de hecho, el propósito del ser humano en general. Vivir, o sea ganar recuerdos.

-Veo que ya estás preparada para enfrentarte a lo que sigue. ¡Que tengas mucha suerte! -dijo el niño, sonriendo.

Cerré los ojos, sin saber lo que me esperaba.

Desperté en un cuarto con paredes blancas, sin ventanas y sin ningún tipo de mueble, excepto una cama incómoda en la que estaba tendida, inmóvil. Abriendo los ojos, vi a un médico y a dos enfermeras, a punto de ponerme una inyección. Traté de impedirlo, pero me di cuenta de que llevaba una camisa de fuerza.

-Hay que inyectarle el calmante, doctor -dijo una de ellas.- Estos últimos días ha estado muy mal. Su conducta se ha vuelto más violenta.

-¡Qué pena! -dijo el doctor.- Su caso era muy interesante. ¿Habéis logrado descifrar el contenido de aquel cuaderno?

-No, no lo logramos. El cuaderno desapareció. Pero, por lo que pudimos ver, parecía escrito por un niño. Tal vez esa haya sido su manera de expresarse. De todas formas, ya no se puede hacer nada.

Sentí una picadura en el brazo y el abismo volvió a acogerme bajo su manto protector.

De lo que viví, no sé cuánto fue verdad y cuánto mentira. Pero, ¿cuál es la diferencia? ¿Quién podría decir, sin equivocarse, dónde termina la una y dónde empieza la otra? Quizá haya estado loca todo este tiempo. O quizá haya descubierto las verdades más grandes del mundo. Nunca lo sabré. Pero lo que importa es que mi diario, el cuaderno en el que apunté todos los acontecimientos, todos mis recuerdos, está a salvo. A lo mejor algún día alguien sabrá entenderlo. A lo mejor le servirá de algo.

Adelina Morhan
Universidad “Ștefan cel Mare”, Suceava

Máscaras y aguas

Muchedumbre. Muchedumbre. Costumbres raras, máscaras y perdición. Esto parecía alojar el agua. No había futuro o pasado. Había solo un presente eterno en el cual relucían todo tipo de pecados. ¿Por qué hay que respetar reglas impuestas? O, ¿por qué hay que guiarse por un calendario cuando la noche puede convertirse en día y viceversa?

Apostarse lo más esencial, la vida. Y no tener miedo. Vivir en el presente y experimentar la pasión, sin definirla. Esto ofrecían los canales venecianos. Una realidad fluida y distinta para cada uno. De hecho, una pléyade de realidades para los que lo deseaban. A Francesca le encantaba el riesgo. Su itinerario existencial se mezcló siempre con el sitio de Venecia. Sabía hacer todo lo que no estaba permitido. Todo lo prohibido para una mujer, obviamente. Hija de un gondolero, que hacía tiempo se habían tragado las aguas de Venecia, Francesca no era mujer sentimental. Buscaba la pasión y la libertad. Se buscaba a sí misma. Y su ciudad le garantizó la libertad después de diez años de angustia. Sabía manejar góndolas y sabía todas las rutas que para un turista se convertían en razones de angustia y preocupación ante la imposibilidad de llegar al destino propuesto. Sí, siempre los neófitos experimentan angustia en los laberintos. Sólo a los pobladores, las rutas de los canales les parecían senderos simples.

Imaginad un lapso y una transgresión a otro espacio. Sin referencias temporales por ahora. Imaginad la belleza del río Támesis. Si Venecia ofrece libertad en todos los sentidos, Londres ofrece rigor. ¿Podría existir allí también una Francesca en busca de sí misma? Más bien una Alicia en busca de venganza. Y sus aventuras, que son de hecho bagatelas en el país de las maravillas inglesas. Pero el Támesis sólo cruza el centro de Londres. No tiene canales ni vías, ni puede alojar libertades, como las aguas venecianas. Pero junto a la lluvia, el Támesis aloja la apatía de los seres humanos que se hallan allí. ¿Puede ser que un río tenga

influencia sobre las almas? La pregunta es más bien retórica. Para Alicia, el Támesis significa un fracaso en cuanto a la incursión interior. Una imposibilidad de sentirse libre. Con tanta agua rodeada por piedra, por palacios y por hormigón, el alma de Alicia sólo puede experimentar sufrimiento y frustración. A lo mejor la reina Isabel I experimentó también el rigor a causa de mirar demasiado el Támesis.

Más de dos siglos después de la muerte de la reina virgen, Napoleón, al conquistar Venecia, sintió la pasión y las alevosías que cubrían las aguas. Pero este no pudo imponer otra mentalidad a los italianos. Éstos encontraron refugio en exceso. Y el ritmo interior del pueblo se impuso sobre el exterior, lleno de reglas e interdicciones. Festejar la derrota con indiferencia suele ser la mejor alternativa. Por eso después de la invasión napoleónica, vivir sin calendarios, vivir sueltamente y enterrar lo que se denomina generalmente error en la laguna es la más válida solución.

La difusión de eventos históricos no tiene ninguna importancia. El transcurso existencial de excéntricos como Francesca sí que la tiene. La duplicidad, la esencia femenina y la inconsistencia en cuanto a los sentimientos se interconectan con la fluidez de la laguna. Empezar una ruta de un punto e intentar llegar a un destino preestablecido es en balde. Si lo consigues es sólo por medio de un error. Si eres un sabueso, no importa un camino, como tampoco importa si tienes una buena nariz, una brújula o un espíritu visionario. Las instrucciones de los pasajeros tienen como meta principal la de enviarte a plazas desconocidas, a canales que no aparecen en ninguna guía. Lo mismo ocurre con la personalidad de Francesca. Sólo a un experimentado se le permite descubrir los misterios de los canales y de las mujeres.

Teniendo un alma laberíntica, es natural que el agua de los canales funcione como hoja de estaño para la mujer. Es imposible definir o etiquetar al agua, como es una falta de juicio hacer lo mismo con un alma. En plano exterior, a Francesca la podrían percibir como una excéntrica, una encarnación de la rebeldía individualista, que se guía por sus intereses y dulcifica su vida con acciones inadecuadas. Es un tahúr al quien no quieren emplumar con alquitrán. Las convenciones sociales no importan, porque el agua lo sufre y lo acepta todo. Siendo hija de gondolero, la herencia que se le transmitió fue precisamente el amor por los barcos, por los

itinerarios nocturnos, por los descubrimientos de islas misteriosas dentro de la isla misma. En el marco social la única cosa imposible es específicamente la atribución de tareas o trabajos masculinos, como la de gondolero, a una mujer. Desafiando la única norma válida en un mundo anegado a los placeres de todo tipo, Francesca se salió con la suya. De día, trabajando en la plaza de San Marcos, como adivinadora de cartas y, de noche, abrazando la identidad de un joven gondolero. Su feminidad quedaba muy bien escondida bajo el terciopelo marrón del traje, y la identidad de Francesca quedó desdoblada. Por lo menos, en la oscuridad, podía hacer lo que le daba la gana. Pasear por los canales en busca de nada, rehacer itinerarios y observar las exequias venecianas. Esto último le encantaba. Encontraba tanta elegancia en esta costumbre. Por extraño que parezca, era en esos momentos en que miraba a los muertos pasar por el agua cuando encontraba el equilibrio. Cada vez que se encontraba anegada a la tristeza, sabía cuál era el ritual a seguir. Tanto le gustaban los funerales acuáticos que se convirtió en un gondolero que guiaba a los muertos. Se imaginaba como Carón, que conduce a los muertos. La única diferencia era que ella los conducía a través de los canales de Vencia y no de los ríos Estigia o Aqueronte.

Esto de vivir una existencia marcada por la duplicidad no tenía nada de raro para Francesca. No después de haber perdido a su Pablo. Francesca y Pablo. Pareja célebre y mucho drama. No fue el caso ni la historia de Francesca. Coincidencia de nombres y ya. Se conocieron en Venecia, cuando ella era una simple adivinadora de cartas y él un joven marqués anegado por la curiosidad. La fortuna los puso juntos; la plaza de San Marcos, el tarot y sus corazones fueron suficientemente fuertes para alimentar el desarrollo de una relación. Pero como no formaba parte de la categoría de los excéntricos, sino de la alta realeza, no se llegó a nada concreto entre los dos. Ningún tipo de transcendencia en esta historia de amor. Ningún efecto de película o de drama. Pero, aun así, hasta en los casos más simples hay un gran sufrimiento, que con el tiempo puede ganar dimensión de panacea para la existencia. Con ganar más experiencia en cuanto a las pérdidas, cada uno decide lo más sensato para sí mismo. En el caso de Francesca, esto significó la reclusión en sí misma y la inmersión en la vida de la

ciudad, que le garantizó por fin la felicidad. Una felicidad perenne, porque no era sinónima a la dependencia de otra persona.



Francesca optó por seguir con su vida sin pensar en más repercusiones que las relacionadas con ella misma. Venecia con su bohemia y Támesis con su apatía. La historia de Alicia tiene poco o casi nada que ver con la de Francesca, a un primer vistazo. Esta última se perdió a sí misma en busca de complacer a los otros. También era una excéntrica, que pertenecía a otro espacio y encontraba reflexión en otras aguas, y a Alicia ningún río pudo garantizarle la libertad. Costurera para las grandes familias, guiada en sus acciones por un entusiasmo desbordante, se convirtió en la mejor amiga de los hilos y de las agujas. En la alta sociedad, su talento fue tan apreciado que sobrepasó fronteras. Figuras de la realeza cosmopolita del siglo diecinueve encontraron alegrías materiales en las telas y terciopelos tejidos por Alicia. Condes, condesas, marqueses y marquesas venían en busca de vestidos y trajes de noche de la mejor calidad. Vidas perdidas entre sonrisas sociales, alevosías y salones de baile. Con poder tejer y crear, nada le importaba a la costurera. Su pasión era ofrecer alegrías visibles a los demás. Alegrías de terciopelo si es posible, su tela favorita. Su existencia era como una bagatela, sin ninguna huella de intimidad, pero, sin saber que hay más, la limitación a un cierto tipo de vida se produjo. Inferir gestos y atar amistades no eran cosas a su gusto. Limitarse a sus paseos a lo largo del Támesis y a sus pensamientos sobre los tejidos era más que suficiente. Tenía el hábito de recordar sus mejores creaciones. El último fue un traje de terciopelo marrón para el marqués de Macchia. Persona de pocas palabras, pero de muchas sonrisas. Se sentía su esencia latina. Los germánicos eran más bien arraigados a cuestiones terrenales. Sin pasiones por cosas más allá de lo material. Sin pasiones para ríos o para risas. Sus pocos principios fueron derramados porque en su timidez, al experimentar cualquier tipo de sentimiento, aun más un sentimiento inadecuado, tomó la más insensata decisión. La de expresarse a través de las agujas. Literalmente. Así sucedió que en el relleno del traje tejido para el marqués se enclavaron un par de palabras *Pasión. Agua. Libertad.*

El marqués la fascinó aunque nunca compartieron más que una sonrisa. Si este era el mismo con el que amaba las vías venecianas o el tarot nadie lo puede decir. Lo cierto es que Alicia por fin conoció el significado de la venganza. Y lo experimentó hacia sí

misma. Las aguas la recibieron sin ningún murmullo. Y se terminó la apatía.

Transgresiones hay siempre. La existencia humana se modifica, fluye y tiene distintas intensidades como en el caso del agua. Éste, narrador tácito, lleva los mensajes de las existencias múltiples, sean joviales o lúgubres, convirtiéndose para unos en alegría y para otros en refugio eterno.



Universitatea
Ștefan cel Mare
Suceava

Facultatea de Litere și Științe ale Comunicării
Lectoratul Spaniol

Más que palabras

concurso de relatos en español
segunda edición

Naturalezas

¡Participa! Envía tu relato antes
del 10 de mayo de 2012

Consulta las bases en:
<http://reder-esp.blogspot.com/>



Si tienes alguna pregunta, escribe a:
concurso.masquepalabras@gmail.com



